FELIPE II

DRAMA HISTÓRICO

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MANUEL LORENZO D'AYOT

Director de *La Reforma Literaria*.

DOS PESETAS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4.

FELIPE II

DRAMA HISTÓRICO

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON MANUEL LORENZO D'AYOT

Director de *La Reforma Literaria.*

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS
N.º de la procedencia
2311

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DRAMÁTICAS

El poder de una pasión; drama en tres actos, original y en prosa. (Agotado).
Dánoscar; tragedia gala en cuatro actos. (Idem).
La Condesa Leonor; drama en tres actos. (Idem).
Theara; ídem en cinco íd.
La bella desconocida; monólogo.
Dos venganzas; tragedia en un acto y en prosa.

POEMAS EN PROSA

Pilar.
El beso.
Nieves.
La marmota.
El beso de nieve y el beso de fuego.
Magnolia.
El banquete de bodas.
Barda Rotzansky.
La vuelta de las rosas.
Whora Dallskings.
Gardelia.
La catalepsia.
Trompillo.
Caridad.
Dobrasko.
La campana.
Cuento triste.
Thálluor.
S. M. la Idea.
S. A. la Palabra.
Las Vírgenes de Mayo.
Morirse joven.
El poema del alma.
Pablo y Virginia.
La convicción.
La cita.
Dentro de la fosa.
Wlandira Lectzinska.
Amalia.
La humanidad.

NOVELESCAS

La hija del trágico.
Grisina.
Otelo y Desdémona.

FOLLETOS

El teatro libre.
Nuevos ideales del arte.
El obrero y las ciencias.
El partido romerista.

CUATRO PALABRAS

Antes de levantarse el telón, una linda muchacha, con suntuoso traje de pajecillo, sale de un lado de los bastidores, y avanzando hacia las baterías, dice:)

Un momento antes de empezar.....
El autor, para escribir este drama que ahora vais á ver, ha prescindido de todo rigorismo histórico, se ha asimilado la historia y la leyenda y ha fantaseado con todas las libertades concedidas á la poesía en estos casos. El autor se ha propuesto hacer resaltar únicamente la figura de Felipe II, acumulando en torno suyo, aunque concretando siempre, cuanto para ello ha creído conveniente utilizar dentro de la verdad y de la ficción.
No busquéis en este drama ningún estudio de época más ó menos acertado, porque todo él no es más que una *fábula brillante* muy parecida á la realidad de los hechos.
El autor no ha tenido presente, al escribir lo que vais á juzgar, ninguna de las muchas obras en que figura Felipe II, y ha escrito su drama creando á capricho, en la seguridad de que no por eso ha de ser menospreciada su labor literaria.
Víctor Hugo hizo mucho de esto, singularmente en «Hernani» y en «Ruy-Blas», y si así lo hizo aquel genio soberano, y sus obras viven á través de los tiempos, el autor de este drama no cree haber hecho ningún disparate siguiendo las huellas de quien es grande entre los grandes de la humana geniada.
Un instante más y os convenceréis.....
(*Retírase.*)

722154

PERSONAJES

FELIPE II, *Rey de España.*
DON CARLOS, *Principe de Asturias.*
DON JUAN DE AUSTRIA.
LA PRINCESA ISABEL DE VALOIS.
ALEJANDRO FARNESIO, *Principe de Parma.*
EL DUQUE DE ALBA.
LA ARCHIDUQUESA ANA DE AUSTRIA.
LA PRINCESA DE EBOLI.
RUY GÓMEZ, *confidente del Rey.*
EL CARDENAL ESPINOSA.
EL DUQUE DE FERIA.
ANTONIO PÉREZ, *secretario del Rey.*
EL PRÍNCIPE DON FELIPE.
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
ESCOBEDO.
EL GRAN INQUISIDOR.
UN ALCALDE.
DOS ALGUACILES.
DOS EMBOZADOS.
PANTOJA, *pintor de cámara del Rey.*
EL PRIOR DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

Príncipes y Princesas; Grandes de España, Caballeros, Damas, Cortesanos, Monjes, Pajes, Lacayos.

La acción comienza poco después de la construcción del Monasterio del Escorial y concluye con la muerte del Monarca.

ACTO PRIMERO

Cámara del Rey, en el Monasterio.—Tarde de invierno.—Una mesa con tapete y lámpara, y rodeada de sillones á la derecha, en primer término.—Óyense á lo lejos los cantos de los monjes.—Junto á la mesa, aparte de los sillones, un sitial de talla con cogines, y almohadones á los pies.—Puertas con tapices á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

El Rey en el sitial. Antonio Pérez en un sillón escribiendo y cerrando numerosos pliegos. El Duque de Alba y el Cardenal Espinosa de pie, á los lados del Soberano.

FELIPE. La pobre María Estuardo era, en verdad, señores, digna de mejor suerte, si su adverso destino no la hubiese dado por hermana á esa fiera protestante que se llama Isabel de Inglaterra... Nos, hicimos por la infortunada Reina de Escocia cuanto al alcance de nuestro humano poder estaba... ¡Designios de Dios!... Nos, enviamos á la Gran Bretaña la Armada Invencible para que pelease contra los hombres y no contra los elementos. (*Pausa.*) El Señor no ha querido favorecernos... ¡Ah!... Si D. Alvaro de Bazán hubiese llegado á Londres, María Estuardo se hubiera salvado del cadalso y el reino de la orgullosa Isabel hubiera tornado á ser más mío que cuando fuimos Rey de los ingleses por la unión conyugal de Nos con aquella infeliz María Tudor, á quien Dios haya perdonado sus muchas faltas, y, sobre todo, su soberana fealdad, que ni aun disimulaba el fulgor de su espléndida corona. A Nos ha dicho persona de nuestra más augusta confianza que Isabel de Inglaterra está poseída de los malos espíritus, toda vez que protege demasiado á un mal poeta llamado Guillermo Shakespeare, en cuyos engendros tremebundos, que se leen con frecuencia ante aquella Corte, abundan los disparates y los sacrilegios más impíos, pues ese hombre juega en ellos con los vivos y con los muertos como si él fuese algún supremo hacedor de encantamientos y brujerías. (*Mirando alternativamente al Duque y al Cardenal.*) Si ese hombre fuese nues-

tro vasallo, ¿no es verdad que la hoguera debía estar ya encendida? (*Señal de asentimiento profundo en ambos personajes.*) Señores, veo que nos entendéis á maravilla

UN PAJE. (*Desde la puerta.*) Señor...

FELIPE. ¿Qué quieres?... ¡Ah, sí!... Aún aguarda ese hidalgo venido de Madrid... ¿No es eso?

PAJE. Suplica muy encarecidamente ver á V. M.

FELIPE. ¿Cómo se llama?

PAJE. Don Miguel de Cervantes Saavedra.

FELIPE. (*Despachando al paje con un gesto.*) Díle que pase. (*Momento de pausa en que el Rey pretende hacer memoria.*) ¡Cervantes! (*Volviéndose al Duque y al Cardenal.*) ¿No es ese pelafustán contra quien tan malos versos escribe, todo bilioso, el pobre Lope de Vega? (*Ambos personajes hacen signos de duda.*) Nos, no guardamos memoria alguna de él.

ESCENA II

DICHOS y CERVANTES, modestamente vestido, y guiado por el PAJE, que, al alzar el tapiz, se retira, reverente, después de decir:

PAJE. Don Miguel de Cervantes Saavedra. (*Llevará un rollo de pergaminos. Los originales del* «Quijote».)

FELIPE. Pasa, Cervantes, y dinos qué es lo que deseas. (*Cervantes, después de una gran reverencia, hinca la rodilla y besa la mano al Rey.*)

CERVANTES. ¡Oh, señor!...

FELIPE. Levántate y habla... Nos han dicho que vienes de Madrid con un día malísimo en que la nieve lo cubre todo; y cuando así te arriesgas, mucho será tu interés.

CERVANTES. ¡Ah, señor!... ¡Muchísimo! (*Se levanta.*)

FELIPE. Mas dinos antes quién eres, porque apenas recordamos de tí.

CERVANTES. Soy un soldado de V. M., que, á las órdenes de vuestro egregio hermano (*Felipe frunce el ceño al oir llamar así á su hermano*), peleó en Lepanto en defensa de la religión y del trono... En aquella jornada perdí un brazo (*mostrando el derecho*), me tuvieron mucho tiempo preso en Argel y, ahora, señor, no me dedico más que á escribir y...

FELIPE. (*Con distracción*) ¡Ah! .. ¡Tú eres escritor!... ¡Mala carrera en España! (*Cervantes se inclina, como humillado.*)

CERVANTES. ¿No me conoce V. M. por las referencias del señor conde de Lemos?

FELIPE. No recordamos bien, ni de ello hay que hacer memoria forzosa... Y... ¿tú escribes con la mano izquierda?

CERVANTES. Hago lo que puedo, señor, por la misericordia de Dios.

FELIPE. Pues bien... Convencido, sin duda, de que en nuestros reinos anda muy desmedrada la literatura, vendrás á implorar de Nos alguna gracia especial cuando tanto empeño has tenido en llegar hasta nuestra real presencia... ¿Qué quieres, pues, Miguel de Cervantes?

CERVANTES. Señor... Acabo de escribir un libro. (*Enseñándole los pergaminos.*)

FELIPE. ¿Y se llama?...

CERVANTES. «Don Quijote de la Mancha».

FELIPE. (*Impasible.*) Y *eso*..., ¿qué es?... ¡Donoso título, á fe mía!

CERVANTES. La hice, señor, allá en mi prisión argelina, pensando, cuando sus líneas trazaba, en mi Dios, en mi Rey y en mi patria querida.

FELIPE. (*Sonriendo desdeñosamente.*) Y tú crees haber hecho algún portento..., ¿verdad?... Ya ves el pobre Servet cómo acabó en Suiza; y suponemos que estarás también enterado de la mísera existencia de tu antagonista Lope de Vega en Madrid, á quien mucho tiene que favorecer el Duque de Béjar para que, materialmente, no se muera de hambre por aquellas calles, donde ha dado más de un escándalo. (*Breve pausa.*) ¡Tu libro!. . «¡Don Quijote de la Mancha!» ¡Qué título tan raro!... ¿Qué quieres que hagamos con tu libro?

CERVANTES. (*Hincando la rodilla y presentando al Rey nuevamente su manuscrito.*) Cuando se tiene la dicha de haber nacido siendo vasallo del gran Carlos V, vuestro augusto padre, y cuando se tiene la fortuna de vivir bajo vuestro cetro glorioso y paternal, yo me permito creer, señor, que todo aquel que escribe, que pinta, que talla, que cincela, que pelea, que trabaja y que produce, debe llegar hasta el trono y deponer en sus gradas, como yo lo hago ahora, el fruto de su pensamiento, el resumen de sus ideas, para que V. M se digne favorecerlo con su benevolencia y protección... (*Cervantes se apesara viendo al Rey distraído.*)

FELIPE. ¿Y qué decís á todo esto, Duque de Alba y Cardenal Espinosa? Vuestras pugnas contra el hereje, tanto en el campo de batalla como en los púlpitos de las Catedrales, no os hace registrar más libros que el Código y los Evangelios para asegurar la pureza de la religión que Nos defendemos ante todo y sobre todo. Levántate, Cervantes... ¿Te hacen falta algunas monedas para publicar tu libro?

CERVANTES. (*Levantándose.*) «Don Quijote», señor, esta ya comenzado á imprimir, y lo que aquí traigo son las primeras pruebas del mismo para tener la hon-

ra de ofrecer á V. M. la dedicatoria del libro (1).

FELIPE. (*Levantándose y sin prestarle atención.*) Antonio Pérez te dará en nuestro real nombre permiso para publicar lo que nos ofreces... (*Al Duque y al Cardenal:*) Duque de Alba, Cardenal Espinosa, seguidnos. (*El Rey se apoya en el brazo del Duque y sale lentamente del salón. Antes de llegar á la puerta izquierda dice al Duque:*) Conque aquellos desdichados Condes de Egmont y de Horn murieron tan arrogantes como buenos flamencos..., ¿eh?.. ¡Que Dios les haya perdonado! (*Deteniéndose ya en el umbral.*) Pérez..., no olvides á ese hidalgo... (*Cervantes permanece como anonadado junto al regio sitial*) Dale permiso (2) para que su obra se pueda vender por entregas que no cuesten más que unos maravedises. (*Vanse el Rey, el Duque y el Cardenal.*)

ESCENA III

CERVANTES y ANTONIO PÉREZ

(Cervantes, confundido, gravemente majestuoso, oprimiendo el legajo contra su pecho, queda como ensimismado.)

PÉREZ. ¡Cervantes!

CERVANTES. (*Sin atenderle.*) ¡Quién lo creyera!... ¡Quién lo esperara!

PÉREZ. Don Miguel... ¿No me oís?

CERVANTES. ¡Ah!... ¿Quién se apiada de mí en la cámara del Rey que así me desprecia? O es un sueño ó acaso tratan de sorprenderme... (*Dando algunos pasos para salir.*)

PÉREZ. Nada de eso. Os hablo yo .., un amigo: Antonio Pérez .. ¿No me recordáis?

CERVANTES. ¡Oh, sí!... ¿Habéis oído?..., ¿habéis visto?

PÉREZ. Mal hicísteis en venir.

CERVANTES. Dijéronme que el Rey...

PÉREZ. Si vuestra obra fuese un libro religioso pronto lo veríais impreso en oro y pedrería... El Rey no favorece más que á la Iglesia.

CERVANTES. ¡Pobre de mí!

PÉREZ. Cobrad ánimos y no volváis á Palacio en los días de vuestra vida, porque aquí, señor de Cervantes (*bajando la voz*), se vive de milagro bajo la férrea férula de ese tirano fanático que cree al mundo muy pequeño para sentar su planta de omnipotente y sanguinario coloso... Escribid lejos de la Corte...; yo os haré algunas visitas y os atenderé en lo que pueda.

---

(1) Sabido es que Cervantes así lo hizo, aunque en otra forma.
(2) Histórico.

Creedme, amigo mío: el verdadero talento no debe llegar nunca hasta ningún palacio del universo.

CERVANTES. ¡Yo os creía otra cosa!

PÉREZ. Pues ya lo véis... También yo no ando en la Corte muy seguro.

CERVANTES. ¡Vos!

PÉREZ. Serán cavilaciones mías, vaguedades que... (*Cambiando de conversación.*) ¿Queréis que os extienda ya el permiso?

CERVANTES. ¡En unos cuantos maravedises acaba de tasar Felipe II mi libro!... ¿Es que no hay ya dinero en América, ni en Portugal, ni en Filipinas, ni en la misma España, para que así nos traten á los que vivimos de nuestro honrado y penoso trabajo? (*Soltando el rollo sobre la mesa.*) Hablar de maravedises cuando sobran millones para exterminio de protestantes!

PÉREZ. Idos de España, D. Miguel... Ya sabéis que aquí medró siempre poco el talento; idos á Francia, donde las letras y las artes son recompensadas con verdadera magnificencia .. Allí vuestra suerte quedaría asegurada; y junto al ramo de laurel constantemente inmarchito y oloroso, tendríais la escarcela y el arca repletas de monedas de oro brillantes, como los potentados que las prodigan con fastuosa largueza.

CERVANTES. Mi libro está escrito en castellano y solamente en castellano ha de publicarse.

PÉREZ. ¿Estimáis mucho vuestra obra?

CERVANTES. No sé qué os pueda responder con verdadera franqueza... Yo creo que después de «Pérsiles y Sigismunda» poco podré haber hecho en «Don Quijote»... ¿Conocéis aquel mi libro?

PÉREZ. Sí á fe mía... Ya sabéis que los libros me encantan, y siendo vuestros mucho más. (*Cervantes hace una reverencia.*) Contadme algo de lo nuevo que vais á publicar... ¿Es de asunto legendario ó científico?... Por el título no se adivina...

CERVANTES. «Don Quijote de la Mancha» es una obra satírica, hecha con el fin de ridiculizar los famosos libros de caballería. Nació en mi mente, como ya lo habéis oído. cuando yo estaba preso, sin más fe que morir pensando en mi España querida y en dejarla algo como cariñoso recuerdo... La figura del protagonista se me apareció palpitante, humana, tangible, tanto, que yo mismo me espanté y creí, en la obscuridad de mi prisión, ser víctima de un delirio fatal... Junto á aquella figura había otra de baja estatura, gruesa, y de tan singular continente, que desde luego veíase en ella la antítesis de la otra delgada, alta, pálida, revestida de extraños atalajes guerreros y con un fulgor en su mirada que ella sola se me figuraba toda la luz que alumbraba mi existencia y mis

tristezas... Cerré los ojos para no verlos, ¡imposible!..., mientras más mis párpados se cerraban con tenaz empeño, más cerca, más dentro de mí veía la singular visión y es que el alma no tiene párpados que cerrar nunca, porque está mirando siempre en su perpetuo insomnio. (*Pausa.*) Llegó el día indeciso y triste á lo hondo de aquella mazmorra... Allí tenía papel y pluma y un poco de tinta en un oxidado bote .. Pensé mucho, Sr. Pérez, tanto que no me atrevía á comenzar la tarea, porque nadie sabe cuando escribe un libro si tiene entre sus manos un mundo de luz ó un cuaderno miserable. (*Pausa.*) Por fin lo hice, y tras la primera idea marchóse la última en feliz encadenamiento... ¿Qué he hecho?... Mi conciencia aun no ha valorado mi obra. (*Recogiéndola.*) ¡Quién sabe!... (*Abatido.*) Aunque triunfar en España en pleno siglo XVII veo que es más difícil que arrancar otra América al Océano.

PÉREZ. No lo sabéis bien, querido Cervantes... Solamente yo, que atado á esa mesa veo lo que pasa en el mundo, puedo hablaros con claridad. (*Pausa.—Bajando la voz y mirando en torno.*) El sol que no se pone en el gran imperio de Carlos V, sólo alumbra horrores, hoy que sólo debiera alumbrar prosperidades... España está llena de frailes y de holgazanes; Portugal, continuamente vejado... en Flandes y en todos los Países Bajos el cadalso y el verdugo, la hoguera y el exterminio sin cesar, no pensando que por donde corren ríos de sangre no vuelve nunca á brotar ni el más pequeño rastrojo. ¿Y qué me decís de América? ¿Y qué de Filipinas?... Desde que Colón y Magallanes ganaron aquellas tierras para España, no hay pillo ni aventurero, ni fraile motilón, ni político tronado, que no hayan aprendido y tomado el camino de aquellas latitudes... ¿Y la Corte?... ¡Oh, amigo mío!... No hablemos de ella, porque podría costarnos á ambos la vida... Salid de España, mi querido Cervantes; vos tenéis talento, y en otros países no regidos por Felipe II, vuestro mérito será, sin duda, recompensado.

ESCENA IV

Dichos. Un Alcalde, Dos Alguaciles y otros varios caballeros, por la derecha.

ALCALDE. (*Dentro.*) ¿El caballero Antonio Pérez, Secretario de S. M. el Rey D. Felipe II?

PÉREZ. (*Con asombro y señalando á Cervantes la puerta de la izquierda.*) ¡Oh! .. ¿Habéis oído? Idos, D. Miguel, que quien así pregunta por mí, no vendrá, ciertamente, á traerme el collar del toisón de oro.

CERVANTES. Pero permitid que...

PÉREZ. *(Poniéndole la capa y el sombrero.)* ¡Pronto, Cervantes! *(Cervantes se dirige hacia la puerta de la izquierda, seguido de Pérez y una vez en su dintel, abrízale estrechamente y vase. Pérez va á cruzar el salón en el momento en que entra la justicia.)*

ALCALDE. ¿Sois vos D. Antonio Pérez?

PÉREZ. Ese es mi nombre.

ALCALDE. Por orden del Rey, daos preso.

PÉREZ. *(Estupefacto.)* ¡Del Rey!... ¡Si no hace un momento que aquí!... *(Ofuscándose.)* ¡Oh, Señor!... *(Al Alcalde.)* Cúmplase, como en todo, la voluntad del Rey, pero permitidme que antes recoja estos documentos. *(Dirígese á la mesa.)*

ALCALDE. Teneos.... No podéis ya ni tocar siquiera esos papeles

PÉREZ. *(Como delirando.)* ¡Yo preso!... ¡Por orden del Rey y en su misma Cámara!... ¿No hay luz de infierno que me alumbre en esta duda? *(Cúbrese el rostro con las manos Los Alguaciles sellan y recogen los papeles de la mesa.)* ¿Y si fuese por ella?... *(Irguiéndose de improviso y aparte.)* Si ya cansada de mí ..

ALCALDE. Vamos. *(Haciendo seña para que aten á Pérez.)*

PÉREZ. ¿Esto también?... ¡Dios mío!... ¿Qué sucede en España para verme tratado así? *(Los Alguaciles le atan y vánse todos, lentamente, por donde entraron.)*

ESCENA V

(Momentos después sale Felipe II, por la izquierda, con gran calma.)

FELIPE. ¡Qué abatido va por esos salones el desmedrado autor del «Quijote»!... ¡Dios le tenga de su mano como compadezca también á mi secretario, que por esta vez, yo creo que no se me escapa! *(Siéntase en el sillón.)* Pronto lo sabré, y si es verdad que esa Princesa de Eboli ha podido engañarme y faltarme. . ¡Oh!... entonces como todos: á la hoguera después de ahorcada *(Breve pausa.)* Quien quiera llegar hasta mí, se hunde... Yo soy solo en todo: en mi fe, en mi corona y en mis afecciones Hijo de la católica Isabel de Portugal, nieto de Doña Juana de Castilla, biznieto de los Reyes Católicos; la fe lo es todo para mí, y por sostener la religión de Jesucristo, arrasaria mis dominios aunque yo mismo tuviese que perecer en el incendio ¡Tal vez así me evitaría el purgatorio ó el infierno, porque por ilusiones que nos hagamos, ni los reyes ni los césares están exentos de visitar tan desagradables lugares! Heredero del gran Carlos V, el disco de mi corona ciñe

al mundo con espléndido zodiaco, y no quiero consentir la más mínima exacción sin haber antes teñido el Océano con toda la sangre de mis vasallos. (*Pausa.*) ¡Mis afecciones!... ¡ah!.. las circunstancias me obligan á parecer lo que en realidad no soy, y muchas veces yo mismo, cuando he recogido mi espíritu en hondas meditaciones, he visto con asombro y con pena que tengo un corazón con todas las apariencias de un diamante negro y las reconditeces del más delicadísimo sentir. Esto me asombra; porque solo, lejos del mundo que me ha formado y que á diario me rodea, tal vez sin saberlo él mismo, me veo aterrado oyendo los latidos de mi corazón, que no perciben mis cortesanos por mucho que se acerquen á mi trono... Y sintiéndolo latir bajo mi mano poderosa, la pena invade mi alma, viendo que nadie me comprende ni me comprenderá jamás y que pasaré á la Historia para horror de la posteridad. (*Se levanta y da algunos pasos.*)

ESCENA VI

EL REY y LA PRINCESA DE EBOLI

(Entra la Princesa por la derecha, con largo manto negro, el Rey no la ve y ella llega hasta él y se arrodilla á sus pies, bajando la cabeza.)

FELIPE. (*Retrocediendo.*) ¡Una dama á mis pies!

PRINCESA. (*Levantando la cabeza*) ¿No me conocéis ya, señor?

FELIPE. Debía ser así, pero como buen caballero, antes que nada, yo os invito (*Dándola la mano*) á que os levantéis y á que me digáis brevemente, señora, porque venís á verme cuando yo no quiero veros ya ni retratada por Navarrete, ni por Claudio Coello, ni por el mismo Pantoja.

PRINCESA. (*Levantándose.*) ¿Estáis enojado conmigo?

FELIPE. Lo sabéis mejor que yo, y creo que al venir desde vuestro palacio de la Almudena á mi retiro escurialense, traéis algún objeto más que el de hacerme una *simple* visita de atenta dama Hablad.

PRINCESA. Deploro muy de todo corazón vuestro apartamiento de mí, cuando ya sabéis que os amo como siempre.

FELIPE. No decís verdad, Princesa... Estáis mintiendo; sí, mintiendo como una villana, aunque la frase no sea propia de los labios de un Rey.

PRINCESA. ¡Oh, señor!... Me espantan vuestras palabras y parece que en vuestras pupilas fulgura una trágica centella.

FELIPE. (*Con mucha calma.*) La señora Princesa de Eboli debe comprender perfectamente, porque es mujer de

talento, que á mí, á Felipe de Austria, no le engaña nadie en el orbe entero; la hija del Cardenal Mendoza, que tan bien supo adorar á Cristo como á Venus, sabe muy bien que nadie más que ella pudo llegar á las lobregueces de mi alma ¿Y bien, señora? ¿Es así como recompensáis mi amor, traicionándome vilmente con un miserable á quien sólo mis bondades pudieron hacer olvidar su origen tan plebeyo como el polvo de los caminos y encumbrarle á un sitio que no debió jamás ocupar?... ¡Tendréis la infamia de negarlo como tendréis el cinismo de venir en súplica de mi perdón!

PRINCESA. Creed, señor, y yo os lo juro por lo más caro de mi alma, que soy inocente de la culpa de que me acusáis.

FELIPE. ¡Mentís!... Ya descubierta vuestra vileza y entregado Antonio Pérez al Santo Oficio venís á implorar de nuestra regia misericordia la vida de ese malvado. Pues bien; todo es inútil, señora.., *(Movimiento de espanto en la Princesa)*. Y agradeced vos, que no sé porque piadosos miramientos no os he sacado de vuestra casa de Madrid *(Con gran ironía)* para *señalaros* muy caballerescamente las fronteras de mis reinos que son difíciles de encontrar en la redondez del mundo ó las cárceles de mis prisiones donde podríais *filosofar* sobre si el hierro es ablandado por la hermosura ó es ésta, como yo creo, vencida por aquél... Allí pierden las lágrimas todas sus poéticas leyendas y lo único que se consigue llorando sobre el hierro es abrillantar sus cadenas para que puedan parecer de plata á la *delicada* fantasía de la dama prisionera. *(A medida que habla avanza hacia la Princesa)*. Ya lo sabéis... Ni por vos ni por él aunque el mismo Papa en día de Viernes Santo así me lo suplicase de rodillas con la tiara puesta en el suelo del primer peldaño de la escalera de honor de mi palacio soberano. ¿Lo entendéis bien, señora?... Y nada os digo de Dios porque Dios es demasiado grande para intervenir en tanta humana pequeñez.

PRINCESA. ¡Oh, señor!.. ¡Si os oyesen!...

FELIPE. *(Con suprema arrogancia)* ¡Nada me importaría!... El condestable de Borbón clavó las banderas de mi padre en las torres vaticanas de cuyo recinto salió un Pontífice prisionero... Lo demás ya lo sabéis tan bien como yo *(Suena el toque de ánimas, grandioso y solemne. El rey queda en oración, sin cuidarse de la Princesa)*.

PRINCESA. *(Arrodillándose á los pies del rey)*. ¡Señor! Un rey tan grande como vuestra majestad, ungido del Dios excelso y temido por el mundo que dominan sus legiones, ciñe á sus augustas sienes fúlgida corona que al cerrar sus florones deslumbrantes los une bajo un

globo y una cruz. Ahora que eleváis al cielo vuestra plegaria cristiana... ¿No puede acordarse el monarca omnipotente de que esa esfera y esa cruz son símbolos de Cristo sublime que todo lo perdonó para que todo se perdone?

FELIPE. *(Abstraído).* ¡Oh, callad!... No queráis compararme con Aquel de quien soy rendido esclavo.

PRINCESA. *(Levantándose y acercándose al rey con voz dulce).* ¡Por el amor que me tuvísteis! ¡Por la fe de mi cariño inmenso!

FELIPE. *(Como fanatizado y bruscamente).* ¡Blasfemia! ¡Blasfemia!... Cuando las almas oran debe por siempre callar el labio impuro. *(Lanza una mirada á la Princesa y cúbrese el rostro con las manos).*

(La de Éboli retrocede aterrada. -Mutis solemne -Concluye poco á poco el toque de ánimas y por todo el foro comienza á transparentarse, como una visión trágica, la vista de una calleja de Madrid alumbrada por un farolillo colgante que da su luz á una imagen en su hornacina A poco llegan los dos embozados, que, después de hablar entre sí un momento se apostan en la penumbra de la luz desenvainando sus dagas Vése venir, á lo lejos, á Escobedo que al llegar ante la imagen se inclina y se descubre reverente. En este momento los embozados se precipitan sobre él, hiriéndole con sus armas Escobedo apenas tiene tiempo de soltar su capa y requerir su espada, cayendo muerto al suelo. Los asesinos se acercan á él, le observan, le cubren con la capa y se van á lo lejos Mientras esto dura, el rey aparece muy excitado refugiándose cerca de la mesa y moviendo los brazos como si quisiera apartar de sí alguna pesadilla. La Princesa le observa con interés vivísimo, avanzando y retrocediendo hacia la derecha. Desvanécese la aparición poco á poco, y, á punto de volver á quedar la escena como antes, dos pajes con luces levantan los tapices para dar entrada á D. Juan de Austria que viene fastuosamente vestido.)

ESCENA VII

Dichos. Dos Pajes y momentos después Don Juan de Austria.

PAJE. *(Anunciando).* S. A. R. el Príncipe D. Juan de Austria.

PRINCESA. ¡Ah!... Tal vez el cielo me lo manda para que me salve.

FELIPE. *(Que no ha oído al paje).* ¡Sí, es necesario! ¡Sí!... ¡muy necesario. Dios mío, que á tantas pruebas me sometes con crueldad de inconcebible tirano!

D. JUAN. *(Entrando)* ¡Felipe!... *(Retrocede al ver el aspecto del Rey, y se vuelve á la Princesa como indagando el motivo, con un gesto. Vánse los pajes).*

PRINCESA. *(A D. Juan).* Alteza... Yo os aconsejaría que os reti-

rarais... ¡Nunca se ha mostrado el Rey tan siniestramente preocupado!

D. JUAN. *(Acercándose al Rey).* ¿No me has sentido llegar?... Soy yo... Tu hermano...

FELIPE. *(Dominándose rápidamente y deteniendo á D. Juan con una mirada de supremo desdén).* ¿Qué puede querer del Rey de España el hijo de Bárbara de Blomberg? ¿No lo es todo ya? *(D Juan retrocede asombrado. La Princesa le hace señas de que disimule. El Rey se pone el sombrero y cruza la estancia con dirección hacia la puerta de la derecha, sin mirarles y con muy frío porte. Don Juan y la Princesa, retirados hacia el foro le ven pasar, asustados é inclinándose ceremoniosamente).*

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el lugar del Escorial conocido por el nombre de «Silla de Felipe II», tal como la ha pintado en su cuadro Luis Alvarez.—Atardece.—El Rey se halla sentado y á algunos pasos de él permanece el Príncipe don Carlos, suntuosamente revestido de rasos y terciopelos rojos y blancos y cubierto de espléndida pedrería. Felipe II viste severamente de negro, de pies á cabeza, y sin joya ninguna.—A la bajada de los escalones de la «Silla» aparecen dos lacayos, que se supone han dejado muy cerca una litera.—Cuídese del contraste entre la indumentaria de ambos personajes.—Tiempo de invierno.

ESCENA PRIMERA

D. Carlos. *(Aparte, y mirando al Rey que contempla distraído el panorama).* ¡Medita y calla! ¡Siempre la sombra en su frente y siempre pensando en algo que solo adivinarlo llena el alma de espanto y contrae el corazón de mortal angustia.

Felipe. (*Volviéndose*). ¡Ah, querido Carlos!.. ¿Acabáis de venir?

D. Carlos. (*Ap.*) ¡No me tutea!... Recibí vuestro mandato (*Inclinándose profundamente*) y aquí me tenéis, señor. (*Acércase á él é hinca la rodilla para besar la mano del Rey que éste elude como distraído*).

Felipe. Muy bien, mi amado Príncipe (*D. Carlos se levanta con presteza*), muy bien. Cuando así os he llamado á este sitio habréis supuesto desde luego que no sería para *contemplar* una vez más la soberbia fábrica arquitectónica de Juan de Herrera ni para *tomar* el fresco que es más que regular... ¿eh?... Habéis venido y vuestra diligencia me place... (*Se levanta.*) ¿Vais á serme sincero, Carlos?

D. Carlos. ¿Cuándo no lo he sido con mi padre y con mi Rey?

Felipe. Alguna vez, Carlos, alguna vez; pero no hagamos de ello ya ni la más leve memoria y responded á lo que os pregunte... ¿Es cierto que sois cruel y vanidoso, irascible y mujeriego?... ¿Es verdad que el otro día hicísteis comer á vuestro zapatero unos borceguíes que os estaban estrechos? (1)

D. Carlos. ¡Señor!... ¡Que tales preguntas me hagáis cuando

(1) Histórico.

muy bien sabéis que lo que de mí se dice no son más que murmuraciones cortesanas!

FELIPE. Creámoslo así, menos lo de vanidoso.

D. CARLOS. ¡Vanidoso yo!... ¡No sé qué es lo que en mí pueda llamarse vanidad!

FELIPE. Sois vanidoso sin daros cuenta de ello... Si no lo fuérais, ¿vestiríais así, con todo ese esplendor y esa pompa impropia de un verdadero Príncipe de mi raza?... ¡Parece mentira que os adornéis tanto siendo tan jorobado!

D. CARLOS. (*Con gran contrariedad y reparando en sus vestidos.*) ¡Oh!... Pero, señor..., ¿no soy vuestro heredero inmediato?

FELIPE. (*Secamente.*) Todavía vivo yo...

D. CARLOS. ¿No tiene el trono esplendores ineludibles, tanto para el que lo ocupa como para los que le rodean?... ¿No vestísteis vos como yo cuando gallardo y joven esperábais ceñir la inmensa corona de César poderoso? ¿No fuísteis encanto de las damas cuando la edad y el amor os daban á porfía sus más deslumbradoras realidades?

FELIPE. No tengo, Príncipe, por qué hablaros del pasado; y ya que mentáis al amor, que es la locura del mundo, decidme, Príncipe de Asturias... ¿Amáis de veras, *muy de veras*, á Isabel de Valois?

D. CARLOS. ¿A qué negarlo, señor?... La amo con toda mi alma, y creo que ella me hará feliz como mujer y como reina, cuando así suceda.

FELIPE. ¡Como reina! (*Breve pausa.*) Me ha dicho Pantoja, mi predilecto pintor de cámara, que la ha visto en París, que la Princesa Isabel es toda una soberana de la hermosura digna de seros entregada por esposa.

D. CARLOS. Pantoja os ha dicho la verdad. Isabel de Valois es una belleza indiscutible é incomparable.

FELIPE. ¿Y no tenéis celos de tanta hermosura?

D. CARLOS. No... Creo en su amor, y esta fe me llena de confianza.

FELIPE. ¿No habéis observado bien si tenéis algún rival?

D. CARLOS. Me parece que no; y si así fuera, y el rival, audaz, me disputara tal tesoro (*Exaltándose*), creedme, señor, que tardaría muy poco en morir á mis manos.

FELIPE. Muy bien, querido joven, muy bien... Vuestro valor os acredita de digno hijo mío, y me place veros tan arrogante y tan enamorado cuando yo creía todo lo contrario... Pero hay rivales *afortunados*, poderosos, diestros...

D. CARLOS. ¿Sabéis acaso de alguno?

FELIPE. ¡Qué osásteis decir!... ¿Pensáis, por ventura, que el espiar amoríos de mis hijos es ocupación digna de mi realeza?... ¡Estáis muy equivocado, D. Carlos de Austria.

D. Carlos. ¡Oh, señor!..., perdonad...

Felipe. Sabed que he resuelto que os caséis pronto, y que mañana llegará á Madrid con su corte la Princesa de Valois.

D. Carlos. ¡Oh, qué felicidad!... Permitidme, señor, que os bese, no la mano, sino la mejilla, en señal de gratitud, como vos me besábais cuando yo era niño.

Felipe. Os agradezco la intención. (*D. Carlos le mira asombrado*) He llorado lo bastante para que aquel que me bese en la mejilla no sienta sus labios envenenados... Retiráos, Carlos; íd inmediatamente á Madrid y comunicad la grata nueva de la llegada de vuestra prometida Yo en persona, y apoyado en vuestro brazo, iré á recibir á la Princesa. (*Le vuelve la espalda y se dirige hacia el foro, contemplando el paisaje con gran interés.*)

D. Carlos. Sea como queráis. (*Se inclina reverente y baja de la* «Silla». *Al partir detiénese un momento y dice, aparte:*) ¿Por qué tiemblo ante tanta ventura?... ¿Por qué la mente se llena de sombras y por qué las lagrimas caen amargas en mis labios como si de mis ojos me cayera un tósigo fatal?... (*Pensativo.*) ¡Bah!... La felicidad tiene locuras tristes. (*Embózase*) Algo hay entre este frío y mi alma que no acierto á definir. (*Vase.*)

Un lacayo. (*Al otro*) ¿Has visto?

Otro. ¡Muy triste va su alteza!

Otro. ¿Quién parte nunca alegre después de hablar con Felipe II?

ESCENA II

FELIPE y los LACAYOS

Felipe. ¡Amor, belleza, juventud!... ¡Cuán fugaces pasásteis para mí!... Ese *lindo* mancebo de *afeminado* continente me parece que no perpetuará en el mundo mi descendencia varonil... (*Queda pensativo*) Pero eso no es razón ni constituye una ley. ¿No fueron mis abuelos dos locos de atar, cada uno por su estilo?... ¡Y no obstante, Juana de Castilla fué la madre de Carlos V y yo soy el nieto de aquel Felipe el *Hermoso*, de tan liviana existencia! (*Pausa.*) Si los Reyes no fuésemos tan *Reyes*, y si el cetro y la corona no se hubiesen inventado en el mundo, cuánta paz, cuánta ventura podrían las almas disfrutar en su rápido paso por el mundo desde la cuna al ataúd! (*Mirando al cielo.*) ¡Señor!... Tú me has hecho poderoso; pero has puesto en mi corona muchas de las más punzantes espinas de aquella tuya de abrojos y

has vertido en mi alma la hiel que sobró al sayón la tarde del Calvario. (*Baja la cabeza*) ¡San Lorenzo!... ¡sí!... ¡San Lorenzo del Escorial!... los franceses verán en tu arquitectura un recuerdo eterno de su derrota de San Quintín; pero nadie sabrá que al dar al monasterio en su planta la forma de la parrilla del santo mártir español, he construído algo simbólico de mí mismo! .. (*Pausa.—La luz roja del crepúsculo ilumina el fondo del paisaje, destacándose con energía la silueta del Rey.*) La noche se aproxima, nada piadosa por cierto, y ya cesaron los trabajadores en sus últimas faenas. (*Envolviéndose en la capa*) ¡A ver! (*Descendiendo lentamente los peldaños de la escalera.*) ¡Pronto!... (*Los lacayos, al oirle, corren en busca de la litera, con la que vuelven, y que ponen al pie de la escalera, seguidos de pajes, caballeros y varios servidores con antorchas.*) ¡Al monasterio! (*Entrando en la litera.*) Al monasterio en seguida!... *Desfila la comitiva*)

MUTACION

Estudio del pintor Pantoja, ricamente amueblado y adornado.—Puerta á la derecha.—Es de día.

ESCENA III

PANTOJA y FELIPE II, momentos después.

(El artista se ocupa en dar los últimos toques al célebre retrato del Rey, que hoy se conserva en el Museo de Pinturas de Madrid.—Junto al caballete hay un sillón, con un cogín á sus pies.)

PANTOJA. No quedará descontento mi regio retratado..., no por cierto; que aquí, en el trazado de este rostro singular por excelencia, póngome yo, sin modestia alguna, á la misma altura de aquel Ticiano que pintara á César con la asombrosa verdad de lo que es en arte verdaderamente asombroso. Tengo conciencia de mi labor.

FELIPE. (*Entrando.*) Dios guarde á mi querido artista.

PANTOJA. (*Levantándose y saliendo á su encuentro.*) ¡Grande y poderoso señor!... ¿Cómo así tan de improviso me honráis con vuestra augusta presencia?

FELIPE. Amigo mío... Los Reyes estamos cansados de ceremonias, y es muy de mi agrado venir á sorprenderte en la plácida soledad de tu artístico retiro.

PANTOJA. Llegad, señor, en hora feliz, y sentáos junto al lienzo en que mi torpe pincel ha osado reproducir la fisonomía augusta de vuestra egregia majestad.

FELIPE. (*Sentándose con gran complacencia.*) ¿Has terminado el retrato?

PANTOJA. Dábale ahora los últimos toques. (*Mostrándole el lienzo.*) Vedlo aquí, señor.

FELIPE. Perfectamente, Pantoja, perfectamente. Tú eres un gran artista del que muchos maestros tendrían que aprender.

PANTOJA. (*Inclinándose.*) V. M. es demasiado benévolo para conmigo.

FELIPE. Justicia y como mía... Ya sabes que tanto me agrada tostar á un luterano como verte á tí manejando los pinceles, que poseen la virtud suprema del arte, que para mí es siempre la verdad sencilla y clara.

PANTOJA. (*Indicándole el retrato.*) ¿Tanto os agrada, señor, para que tanto me honréis?

FELIPE. Véome en ese lienzo tal como soy, sin adulación artística ninguna; y al verme así, sólo me asalta la duda de que pueda la posteridad decir que, acaso, el pintor Pantoja pintó más de lo que quería. (*Se levanta.*) Mándame ese cuadro cuanto antes, porque lo considero espejo de mí mismo, y quiero verlo constantemente delante de mis ojos.

PANTOJA. (*Intentando arrodillarse*) Vuestra bondad me anonada.

FELIPE. (*Impidiéndoselo.*) Quédese tal homenaje para mis cortesanos y mis esclavos. Tú, que no eres para mí más que un amigo del alma, toma (*Dándole un abultado bolsillo.*) Y yo quisiera, Pantoja, que toda la sangre de mis enemigos se trocase para tí en inmenso raudal de oro. (*Se dirige hacia la puerta.*)

PANTOJA. (*Con el bolsillo en la mano.*) Tanta magnificencia me confunde... Mas... ¡qué!... ¿Os vais, señor?

FELIPE. Sí, y hasta muy pronto. (*Vase acompañado de Pantoja, que vuelve momentos después.*).

ESCENA IV

PANTOJA. (*Contemplando el bolsillo y dejándolo sobre una mesa.*) ¿Y es este el Rey que dicen tirano?... ¿Es este el Monarca sanguinario y cruel que asesina á Escobedo en las calles de Madrid y que hace atormentar á Antonio Pérez? ¿Es él el que encarcela á la princesa de Eboli, que detesta á su hermano D. Juan de Austria, vencedor de Lepanto, y que abomina de su mismo hijo D. Carlos? ¡No puede creerse! (*Recogiendo el bolsillo.*) ¡No puede creerse, á no ser que el arte tenga el don supremo de modificar por instantes los sentimientos!... Aquí, sin duda, se guarda una fortuna... ¿Por qué el arte no habría de gobernar el mun-

do? (*Caen lentamente de las bambalinas algunas gasas negras, que ocultan la estancia, para dar lugar á la mutación.*)

MUTACION

Salón en el Palacio real de Madrid, profusamente alumbrado y suntuosamente decorado.— Grandes arcadas al foro con amplia galería transversal.—A la derecha, en primer término, un estrado regio con tres sillones en su plataforma y otro al bajar sus gradas.

ESCENA V

D. JUAN DE AUSTRIA, el DUQUE DE ALBA y el CARDENAL ESPINOSA. Grandes de España, damas, caballeros, dignatarios y pajes, todos de gran corte, llenan el fondo de la escena, discurriendo en grupos y animados corrillos. Oyense á lo lejos los acordes de un minué, sin que interrumpa el diálogo.)

DUQUE. ¡Gran fiesta la de hoy, serenísimo señor!... Tan grande y tan animada como aquella otra que aquí mismo se diera para recibir á V. A., vencedor en Lepanto.

DON JUAN. Dijérais mejor que ésta supera á aquélla.

CARDENAL. ¿Y por qué, alteza?

DON JUAN. Por que no sangre ni lágrimas la inspiran: es la hermosura su causa.

UN CABALL. (*Dirigiéndose á varios de los que con él forman un grupo.*) ¿Con que el pobre Antonio Pérez ha sido atormentado como el más vil de los criminales?

OTRO CAB. Es lo cierto, y creo, señores, que junto al desgraciado Pérez debió haber sido también atormentado el innoble Ruy-Gómez.

OTRO CAB. Con ser el marido de la Princesa de Eboli tiene más que suficiente el famoso Ruy-Gómez... ¿Qué más tormento que constituir un matrimonio de cuatro; el Rey, la Princesa, Pérez y Gómez?

DUQUE. (*A D. Juan de Austria*) ¿Ha visto V. A. al Príncipe de Parma D. Alejandro Farnesio?

DON JUAN. Sí, y tuve á mucho el felicitarle por sus brillantes campañas. Me dijo que no faltaría á esta ceremonia, dada su amistad con mi sobrino el Príncipe de Asturias... Yo creo que mi hermano el Rey fía demasiado en los talentos y cualidades de Farnesio para ilustrar á D. Carlos que ya de nacimiento no es muy listo que digamos.

DUQUE. Señor..., vais á permitirme que os diga que los grandes hombres nunca tienen grandes nietos, y esto sucede con S. A. R., el Príncipe de Asturias, que de nieto de Carlos V. tiene tan solo el nombre

CARDENAL. ¡Aberraciones de la naturaleza!

DUQUE Ni César, ni Alejandro tuvieron dignos descendientes, y que el heredero del solitario de Yuste sea una verdadera desdicha, no lo debemos extrañar. Así es que no concibo su matrimonio con la Princesa de Francia, con esa hermosísima hija de María de Médicis, á quien tal vez aguardan aquí horas de angustia y de sufrimiento.

CARDENAL. Haga el cielo que seáis mal profeta en esta ocasión, señor Duque de Alba.

UN CABALL. Ya se acerca la regia comitiva. *(Los circunstantes se agrupan en dos filas desde la entrada del salón hasta el estrado. Oyese música y murmullos de voces que gradualmente van acercándose hasta que entran por el foro, el Rey dando la mano ceremoniosamente á la Princesa Isabel de Valois; el Príncipe don Carlos va á su lado; varias damas recogen la cola del largo manto de la Princesa Detrás del grupo regio vienen el Duque de Feria, Alejandro Farnesio, Ruy Gómez, el Gran Inquisidor y multitud de Príncipes y Princesas del séquito de la de Valois; Prelados, Grandes de España, damas, caballeros y pajes, todos suntuosamente vestidos, con especialidad el Rey que va de azul y blanco con el Toisón, la Princesa de gran corte y el Príncipe D. Carlos todo de blanco y oro. La comitiva llega al estrado El Rey sube á él con la Princesa y D. Carlos que se sientan en los sillones, teniendo á Isabel en el centro. A tiempo de asentarse las reales personas, D. Juan de Austria avanza hacia el estrado, y después de una profunda reverencia se sienta en el sillón que está abajo, poniéndose á su espalda el Duque de Alba y el Cardenal Espinosa. Los demás se agrupan y distribuyen convenientemente. Momento de pausa en que la música toca dentro una marcha triunfal. Después de unos instantes de espectación el Rey hace señas con la mano de que va á hablar y todos enmudecen.)*

ESCENA VI

El REY, don CARLOS, ISABEL, don JUAN, el CARDENAL, el DUQUE DE ALBA, el de FERIA, ALEJANDRO FARNESIO, el GRAN INQUISIDOR, etc.

FELIPE. Señores..., tenemos muy viva satisfacción en presentaros á la preclara Princesa Isabel de Valois, hija del muy poderoso Rey de Francia, Enrique IV; nuestro amigo y aliado, y de la muy ilustre soberana María de Médicis. La Princesa de Valois viene á España á contraer matrimonio con nuestro muy amado hijo el Príncipe de Asturias, pero considerando Nos por el momento y en vista de los hechos, que el Príncipe don Carlos no reune las condiciones que Nos apetecíamos para enlace de tal linaje, (*Movimiento de sorpresa y de terror en D. Carlos é Isabel. Gran espectación general*) Nos, como padre y como Rey absoluto

de cuanto nos rodea, hemos decidido desposarnos con Isabel de Valois, que desde este momento es tan reina como yo. (*Isabel da un grito y se cubre el rostro con las manos. D. Carlos, todo azarado, desciende precipitadamente de su sitial hacia el centro del salón, volviéndose iracundo á su padre.*)

D. Carlos. ¡Qué habéis hecho, señor!... ¡qué habéis dicho!... (*Apretándose las sienes.*) Forzosamente un vértigo infernal nubla mi razón y lleva á mis oídos palabras fatales tal vez no pronunciadas... (*Exaltándose por momentos*) ¡Isabel!... ¡Isabel!... ¿Y vos qué decís? ¡Ah!... ¡calláis como una muerta y no os atrevéis ni á mirarme, porque sin duda estábais de acuerdo con mi padre!... ¡Oh, vileza de vilezas!... ¡Oh, traición de traiciones!... Pero no vais á gozarla impune, porque antes romperé vuestro corazón con los golpes de mi daga.. (*Va á desenvainar su daga y Farnesio y varios caballeros le contienen, á tiempo que el Duque de Alba se interpone.*

Duque. ¡Teneos, alteza!... ¡teneos!

D. Carlos. ¡Tú no eres más que el verdugo de Europa y yo á los verdugos los mato también como á las traidoras y fementidas! (*Bruscamente y sin que nadie pueda impedirlo, precipítase sobre el Duque de Alba, daga en mano.*)

Duque. (*Retrocediendo hacia el estrado.*) ¡Favor de mi rey! (*Esta escena queda encomendada al talento y al buen gusto del Director del Teatro.*)

Felipe. (*Bajando del estrado y deteniendo con un ademán á don Carlos que suelta la daga y retrocede, cubriéndose el rostro con las manos*) D. Carlos de Austria, Príncipe de Asturias, hijo mío, nieto de Carlos V, heredero de nuestra corona y de nuestros reinos, os habéis rebelado contra nuestra soberana voluntad, (*Isabel desciende del estrado y se pone detrás del Rey en actitud suplicante, según las palabras de éste*) habéis levantado la voz en nuestra real presencia y habéis, por fin, desenvainado vuestra daga á nuestra propia vista para herir con ella como un asesino al Duque de Alba, nuestro representante sobre la faz del universo... ¿Qué habéis osado hacer?... ¿A qué os ha conducido vuestra necia exaltación?... Váis á saberlo ahora mismo cuando sepáis que quedáis preso por nuestro real mandato.

Isabel. (*Arrodillándose*) ¡Señor!... ¡Piedad por lo que más améis en el mundo!... El príncipe ha obrado en un arrebato pasajero, no lo dudéis, y deponed vuestro enojo en gracia á que yo demando vuestra clemencia soberana de rodillas á vuestros pies, el mismo día de mi llegada á España y sobre los despojos de mis ilusiones que no habéis vacilado en deshacer como se

desvanece con la mano el humo de un perfumero. (*Queda llorando.*)

FELIPE. (*Sin atenderla.*) ¡Cúmplase nuestra regia voluntad! *Movimiento de espanto en Isabel, que se levanta.*)

ISABEL. ¡Oh, señor!... ¡Ved que volveré á París!

FELIPE. Vos haréis lo que yo os mande... (*Desmáyase la Princesa en brazos de sus damas —Gran cuadro.*) Duques de Alba y de Feria y vos, mi favorito Ruy-Gómez, Príncipe consorte de Eboli, prended á D. Carlos de Austria y entregadlo á la justicia primero y al Santo Oficio después. (*Los aludidos dirígense al Príncipe á quien sujetan respetuosamente. Muéstrase D Carlos mudo de arrogancia y de altivez.*)

GRAN INQ. (*Postrándose ante el Rey.*) ¿Ni por mí, gran señor?

FELIPE. (*Aspero y enérgico.*) ¡Ni por vos ni por nadie! (*Le vuelve la espalda.*)

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Cámara reservada del Rey, de aspecto sombrío.—Al foro el lecho oculto por grandes cortinajes de terciopelo rojo.—A la derecha, puerta de entrada con amplio tapiz: á la izquierda un balcón con cortinas y cornisa.—Cerca del balcón, una mesa grande con libros y objetos de uso; sobre ella arde una lámpara, que es la única luz que alumbra la estancia; al lado de la mesa un sillón con almohadones y cogín á los pies.—A la derecha del lecho un reclinatorio con un Cristo de talla, y á la izquierda una panoplia con armas.—Oyese el fragor de la tempestad alumbrando á intervalos la luz de los relámpagos los cristales coloreados del balcón.—Pavimento alfombrado.

ESCENA PRIMERA

FELIPE II en el sillón, medio adormecido, con un libro de oraciones en la mano.—Momentos de pausa solemne.

¡La conciencia!... ¡En vano invoco á la mía para examinarla muy detenidamente y ella se muestra tardía y pesada como uno de esos nubarrones que llevan la borrasca por el espacio!... Ante el tribunal de la penitencia tendré muy en breve que humillar mi soberana majestad y mis culpas son sin duda tantas que por eso mismo tardan en acudir á mi cansada memoria... (*Hojeando el libro.*) Los reyes debíamos ser impecables... ¿No somos representantes de Dios?... Y si lo somos; ¿por que delinquimos?... ¿Por qué tenemos que contarle á un fraile lo que á veces ni uno mismo debía saber? Si yo con justicia me acusara á mí mismo de lo que soy en realidad, puede que Dios al escucharme se sintiese implacable por primera vez. (*Suelta el libro sobre la mesa.*) ¡La cuenta es tanta y tan larga, tan negra y tan horrible, que apenas puedo comenzar sin temor de olvidar lo más inicuo!... ¡Un pecado, Dios mío!... Si es verdad que Tú lo ves todo (*Levantándose lentamente como poseído de escrupuloso misticismo*) y que Tú lo sabes todo, ¿por qué no tienes la piedad infinita de que yo no me vea precisado á depurar mis acciones y mis sentimientos para deponerlos después á las plantas de un sacerdote que es tan hombre y tan ruin y tan pecador como yo? (*Cúbrese el rostro con las manos á tiempo*

que se oye un fuerte trueno y un relámpago alumbra al Rey trágicamente. Este retrocede, como aterrado, hacia el reclinatorio.) Es la voz del Señor... es la lumbre del Sinaí y no la luz del rayo la que así cae sobre mi frente maldita. (*Pausa.*) Ambicioso como ninguno... (*Como procurando hacer memoria*) mi delirio es poseer y atesorar sin tasa pese á toda humana ley de justicia y de equidad. Hipócrita redomado, la religión me sirve de antifaz; político sin alma, en más de cien sepulcros y por orden mía cayeron seres inocentes como niños; padre cruel, mal hombre y mal caballero, las sombras de mis víctimas me acusan con fiera saña y al frente de su legión aterradora los espectros de Carlos é Isabel me parece que vienen directos á sorberme sangre del corazón... ¡Oh, Dios mío!... ¡Comienzo á comprender tu piedad para conmigo cuando en este instante fatal no me pulveriza ninguna de tus centellas! (*Cae postrado en el reclinatorio á tiempo que Ruy-Gómez levanta el tapiz de entrada.*)

ESCENA II

EL REY y RUY-GÓMEZ

RUY-GÓMEZ. (*Desde el umbral.*) Señor...

FELIPE. (*Irguiéndose arrogante.*) ¿Quién? ¿Quién así se atreve á llegar hasta Nos?

RUY-GÓMEZ. Soy yo, vuestro humilde servidor, vuestro leal favorito.

FELIPE. (*Ap., y sin atenderle.*) ¡El marido de la princesa de Eboli era la única sombra que faltaba en mi trágico desfile y ahora viene, no solo en espíritu, sino en cuerpo mortal! (*Alto.*) Adelante, Ruy-Gómez. Tarde es la hora de la venida, pero esa misma tardanza me indica que algo importante tienes que decirnos... Pasa y habla.

RUY-GÓMEZ. (*Después de besar la mano al Rey.*) Todo está, señor, como ayer, pero aún se cree que la magnanimidad del Rey puede evitar á España un día de luto.

FELIPE. ¿Qué desean de mí?

RUY-GÓMEZ. El perdón de S. A. R. el Príncipe de Asturias y el perdón de Juan de Lanuza, en Zaragoza.

FELIPE. ¿Y no hay nadie más á quien perdonar?... Las clemencias de los reyes nunca pueden ser como las lluvias del estío... ¿Qué te importa á tí el perdón de Lanuza, de ese Justicia aragonés que sufre lo que sufre por defender á Antonio Pérez, y tú (*Con pérfida ironía*), mi querido favorito, no debes tener *muy grata* memoria de mi *ingrato* secretario... ¿No es

cierto, Ruy-Gómez?... Si lo fuera, creería ahora que todos los maridos del mundo se habían vuelto tontos de remate.

RUY-GÓMEZ. ¡Oh, señor!... Las palabras de V. M. me llenan de confusión... Yo he venido á la regia cámara á repetir lo que oí; no á pedir nada por cuenta propia... V. M. debe entenderlo así desde hace ya mucho tiempo.

FELIPE. ¡Deber entenderlo!... ¿Qué es eso de *deber entenderlo?*... Tú no te acuerdas que eres príncipe consorte, de Eboli y que la princesa no *bordará* muchas bandas ni *ensartará* muchas perlas en su lóbrega prisión. ¡Me extraña que no me hables de ella en medio de tus instintos piadosos!... ¿La has mandado ya al demonio, mi querido Ruy-Gómez? ¡Oh!... Si lo has hecho has hecho perfectamente y Nos te alabamos la resolución.

RUY-GÓMEZ. (*Abatido y respetuoso.*) V. M. tiene pruebas evidentes de que yo... (*Como cambiando súbitamente de pensamiento, con gran habilidad.*) La Reina me ordena ruegue al Rey acuda á su cámara esta misma noche.

FELIPE. ¡Pobre Isabel!... Sé lo que va á pedirme. . ¡El perdón de D. Carlos!... Pero el príncipe de Asturias no debe ser perdonado... Dí á la Reina que iré... ¿Por qué no ha sido esa tu primera noticia?

RUY-GÓMEZ. ¡Mi memoria, señor, es harto infeliz!

FELIPE. Pues vete y dí á la Reina que iré... (*Ruy-Gómez hace una reverencia y va á salir en el momento en que el Rey le dice:*) Un momento, Ruy-Gómez.

RUY-GÓMEZ. V. M. me manda.

FELIPE. ¿Y Alejandro Farnesio, el *elegante* príncipe de Parma?

RUY-GÓMEZ. Es el único consuelo que S. A. R. tiene en su desgracia... Ya conoce V. M lo íntimos que son ambos Príncipes.

FELIPE. (*Con suprema ironía.*) ¿Y... *nuestro querido* hermano D. Juan de Austria?

RUY-GÓMEZ. Disponiéndose á partir para Granada.

FELIPE. ¿Aún se cree allí Rey el imbécil Aben-Humeya?

RUY-GÓMEZ. A impedírselo va vuestro hermano.

FELIPE. (*Con malignidad.*) Así lo espero... Retírate. (*Vase Ruy-Gómez y el Rey se dirige hacia el lecho, ocultándose tras sus cortinas.*)

ESCENA III

MUTACION

Prisión de D. Carlos.—Puerta al foro.—A la derecha un pequeño lecho con una mesilla á su lado.—La estancia es obscura y lúgubre.—La puerta del foro se abre y se cierra pesadamente á la entrada y salida de los personajes, y cuando así sucede, vese una galería por la cual pasean dos centinelas, arma al brazo.—Una lámpara, pendiente de la bóveda.

DON CARLOS reclinado en el lecho y ALEJANDRO FARNESIO, que entra precedido de dos soldados con antorchas, que se retiran, cerrando la puerta.

D. Carlos. (*Incorporándose.*) ¡Farnesio!

Alejandro. ¡Oh, señor! (*Acercándose á él y haciendo ademán de prosternarse.*)

D. Carlos. (*Impidiéndoselo y levantándole*) No, mi querido Alejandro..., de ninguna manera... Tú eres más que un amigo, un hermano del alma, que entre mis brazos, y no á mis pies, debe siempre permanecer... Tutéame... háblame como cuando era yo más feliz que ahora, y no pienses ni por un momento en que, fatalmente, me llamo Carlos de Austria... Otro, al verte venir á una hora no acostumbrada reiría alegre con la esperanza de la libertad y de la vida..., ¡yo!..., ¡ya lo ves!..., ni siquiera te pregunto qué es lo que te trae, porque morir ó vivir, para mí va resultando igual... ¡Nadie sabe si *muere* el que muere, ó *vive* el que está vivo! Problema siniestro que nadie resolverá jamás.

Alejandro Carlos .., mi voz te llama como tú lo deseas; Carlos, amigo mío de mi alma, ¿tanto se empequeñeció la tuya, que así ve quebradas sus alas de luz bajo la bóveda sombría de esta cripta pavorosa?... ¿Tú quieres morir cuando tiempos mejores pueden darte mayor felicidad que la perdida? ¿Tú quieres morir cuando la corona de César está al tocar de tu frente?

D. Carlos. ¡Ah, sí!... ¡La corona de César!... ¡Mira tú lo que le sirvió á César su corona! (*Queda pensativo.*)

Alejandro. No entristezcas tu tristeza más de lo que está... Levanta tu frente abatida y no pienses más que en perdonar generosamente á ese padre inhumano y á esa infeliz Princesa.

D. Carlos. No, Farnesio .., ¡no creas malvada á Isabel, aunque así lo crea yo! .. ¡Yo, que la perdono, pero que no puedo olvidarla, por más que pretenda en mi locura llegar hasta mi alma y apagarla de un soplo!... Pero el alma, Farnesio, es fuego del fuego eterno, y yo en vano pretendo lo que acaso no consiguiera un alien-

to infinito de muerte y exterminio... (*Cae, fatigado, en el lecho, sentado á su borde y cubriéndose el rostro con las manos.*)

ALEJANDRO. ¿Y si yo te dijera que la Reina?...

D. CARLOS. (*Levantándose con arrogancia.*) ¿Tendrá la crueldad de traerme el perdón de mi padre?... ¡Oh, no!... ¡Aunque fuese la vida más apetecible que todos los paraísos y todos los encantos de lo creado!

ALEJANDRO. Ella te ama...

D. CARLOS. ¿Y así se porta?... ¡Donoso amor á fe mía!

ALEJANDRO. Isabel ha convertido tu amor en el martirio sublime de su vida, y dió su mano al Rey para salvar no pocas existencias... Créelo así, Carlos.

D. CARLOS. ¿Qué me ibas á decir de esa mujer?

ALEJANDRO. Que te adora y que sufre como adoran y sufren aquellas almas divinas por excelencia

D. CARLOS. ¿Y qué pueden aportarme esa adoración y esa tortura?

ALEJANDRO. Si yo te dijese; Carlos, amigo mío..., alza la frente que tanto abates y revive, revive como la luz en creciente, porque esa mujer que te adora y que sufre tal vez cifrando en una esperanza todo su porvenir de ventura está muy cerca de tí.

D. CARLOS. ¡Qué has dicho! (*Como alucinado.*) ¿Qué has dicho, Farnesio?

ALEJANDRO. Viene como los ángeles de la suprema bondad á compartir contigo tu angustia y tu duelo; viene á alentarte como un soplo de brisa bienhechora; viene á llorar contigo las lágrimas que tú crees únicas en tu penar sin nombre... ¡Oh, Carlos!... (*Yendo hacia la puerta que abre sigilosamente*) atiende..., vuelve hacia aquí tus ojos cansados de llorar y mira, mira.. (*Entra Isabel vestida de negro y envuelta en manto y velo que levanta al entrar, deteniéndose un momento mientras habla Farnesio*), torna tu faz angustiada y desaparezcan de ella, aunque no sea más que momentáneamente las sombras que la empañan. (*D. Carlos permanece como insensible sin volver el rostro, Isabel se adelanta hacia él, y Farnesio se retira por el foro entornando la puerta, tras la cual se supone permanece alerta.*)

ESCENA IV

La PRINCESA, ISABEL y D. CARLOS.

ISABEL. (*Arrodillándose á sus pies*) ¡Oh, Carlos! Yo no soy lo que tú piensas; yo lloro tanto ó más que tú, yo sufro tal vez en grado superior al tuyo... Escúchame, amado de mi alma y no me desprecies de una manera tan cruel.

D. Carlos. ¿Tanto cambió ya ese cielo tan ponderado para que sus ángeles más bellos vengan á este mundo á mentir y á fingir como histriones despreciables?... ¿Tanto cambió del universo la ley suprema para que así se disfracen los sentimientos y así se convierta el corazón de sacra custodia en búcaro ruín, y así se truequen las palabras en frases de suprema falsía?... ¿Tanto cambió de lo eterno la ley infinita para que así mientan las mujeres en los alcázares mismos del dolor y de la muerte?

Isabel. (*Levantándose*) No, Carlos, no... Quien aquí ha cambiado eres tú para que así me hables menospreciando en tu locura el tesoro de mis lágrimas, que caen á tus plantas como deshechos turbiones de amargura infinita.

D. Carlos. Mujer vanidosa, francesa megalómana, te pareció poco por ahora ser la Princesa de Asturias y anhelante de codicia no vacilaste en llegar á Reina soberana de España, dando tu cuerpo y tu alma á mi padre. ¿No es así?... ¿No estoy en lo cierto?... ¡Ah!... Pero esa corona tan vilmente conseguida será para tí diadema de fuego que oprimirá tu frente con su horrible anillo; tu conciencia se llenará de remordimientos como se llenan de gusanos los cuerpos de los muertos; tu espíritu sentirá morirse sin morir, que es la peor de todas las muertes; tu corazón quedará colmado de venenosas esencias, y tu cuerpo blanco y hermoso como pentélica escultura sentirá estremecimientos y sacudidas de espantosas agonías de condenado. ¡Isabel!... ¡Isabel! .. Princesa de Valois, hija de Enrique IV de Francia, reina y señora de España, de Portugal y de más del medio mundo conocido, mira la existencia que te aguarda y díme si ella es preferible á haber vivido conmigo, amada y amante, un poco lejos del trono, esperando felices en idílica existencia subir á su solio resplandeciente cuando el Rey hubiese rendido á la naturaleza aquel supremo tributo del cual no escapa ni el más poderoso de la tierra.

Isabel. El delirio arrebata tu mente con locas fantasías y hace que tus labios pronuncien frases que sólo el vértigo puede dictar... Tu alma está negra y seca como borrascosa noche estival, sin frescura y sin estrellas .. ¡Oh, amado de mi corazón!... Si yo fuera cuanto tú acabas de decir en tu furioso desvarío, no me verías á tu lado más doliente que el dolor mismo en humana consistencia, no vendría á morir contigo, si es que ha llegado el momento de morir, el instante de que la tumba nos reciba en su seno; no llegaría hasta tí dispuesta á hacer aquello que tú me digas, aunque sepa que al hacerlo pierdo la vida en mi amorosa congoja.

D. Carlos. ¡Sí!... ¡Ha llegado el momento de morir!... ¡Sólo el sepulcro es templo de la dicha verdadera!

Isabel. Pues bien... Moriré contigo.

D. Carlos. Pensando en mi tormento, que sólo el ataúd es el único lecho en que halla reposo el mismo reposo, conseguí de mis carceleros, más humanos y piadosos que el Rey Felipe II, este veneno eficaz (*Enseñándola un pomito, que saca del pecho,*) una de cuyas gotas basta para caer.

Isabel. ¡Yo lo beberé contigo!

D. Carlos. Así quería verte, Isabel adorada; así soñaba siempre, con expirar juntos, enviando al mundo con nuestro aliento postrero el más vivo testimonio de nuestro más profundo desprecio. Ven, amor de mis amores; ven á mis brazos en esta única hora de positiva ventura y bebe conmigo el mágico licor que ha de abrirnos las puertas del paraíso. (*Bebe, presentando á Isabel el pomito en el momento en que la puerta se abre rápidamente y Farnesio se precipita en la estancia.*)

ESCENA V

DICHOS y ALEJANDRO FARNESIO

Alejandro. ¡Señor!..., ¡pronto!... ¡El Rey se dirige hacia aquí!... (*D. Carlos cae al suelo, agonizante.*)

Isabel. (*Pretendiendo apurar el pomito que arrebata á don Carlos, cosa que impide, quitándoselo rápidamente, Farnesio.*) ¡Seamos libres para siempre!

Alejandro. ¡Oh, que horror!... (*Arrojando el pomo lejos de sí.*) ¡Carlos! .. ¡Carlos!... ¿Qué has hecho?

Isabel. ¡Permitid que muera con él! (*Arrodíllase junto á D. Carlos.*)

Alejandro. (*Levantando el cuerpo del príncipe y poniéndolo en el lecho.*) ¡Aún no te había dicho la desgracia su última palabra... ¡Oh!... ¡Revive, amigo mío! . ¡Tal vez ahora que quieres morir sea cuando la vida se torne para tí en la realidad de un sueño hermoso.

D. Carlos. ¡No!... Morir es nacer .. Isabel... Alejandro... La tumba no es la noche que todos tememos... ¡Feliz!... ¡Feliz para siempre! (*Muere.*)

Isabel. ¡Dadme vuestra daga, Farnesio, porque no debo vivir un solo instante más! (*Queda arrodillada al pie del lecho apoyando la cabeza en su borde.*)

Alejandro. (*Cubriendo el cuerpo de D. Carlos con las ropas del lecho*) ¡Si aun fuera tiempo de detener al Rey en su marcha hacia aquí! .. (*Dirígese á la puerta en el momento en que ésta se abre y aparecen el Rey, el Gran Inquisidor, el Duque de Feria y Ruy-Gómez.*)

ESCENA VI

ISABEL, desvanecida junto al lecho, D. CARLOS, muerto, ALEJANDRO FARNESIO, el REY, el GRAN INQUISIDOR, el DUQUE DE FERIA, RUY-GÓMEZ y algunos soldados con antorchas, que no pasan de la galería, permaneciendo la puerta franca.

FELIPE. (*Avanzando frío y solemne acompañado del Gran Inquisidor y sin fijarse en la situación. Farnesio trata de cubrir con su cuerpo el de Isabel.*) En nombre de Dios y de la Iglesia que en este mundo representáis, y como Gran Inquisidor de España, vais, en nuestra real presencia, á interrogar á nuestro heredero el príncipe D. Carlos por qué la herejía turbó su alma de modo tan siniestro.

INQUISIDOR. Dios hará que S. A. abjure de sus errores. (*Dirigiéndose hacia el lecho.*) ¡D. Carlos de Austria!... *Retrocediendo espantado.*) ¡Oh, señor!... ¡El príncipe yace inerte!... ¡Junto á su lecho hay una dama exánime!

FELIPE. (*Acercándose.*) ¡Carlos!... ¡Isabel!.. ¡Príncipe de Parma!... ¿Qué significa esto?. . (*Descubriendo el cadáver.*) ¡Ah, Dios mío!... ¡Eres tú, que empiezas á castigarme! (*Quítase el sombrero y contempla á Don Carlos.*) (*Momento de pausa solemne.*) ¡Sí!... ¡Yo he sido muy cruel contigo, Carlos desdichado y, sin duda, has muerto con una maldición y con mi nombre enlazados en tus labios! (*Cubriéndose y volviéndose á los circunstantes con suprema inalterabilidad.*) Señores... «Dios que me ha dado tantos estados me niega un hijo capaz de gobernarlos.» (1) (*Cuadro.*)

---

(1) Palabras históricas.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Salón regio.—Puerta al foro y laterales. — A la derecha, y en primer término, un estrado con dosel, donde habrá una mesa con recado de escribir y varios legajos, y un sillón.—Frente al estrado, y en semicírculo, varios sitiales.— Es de día.

ESCENA PRIMERA

FELIPE II y RUY-GÓMEZ (Todos los personajes visten de luto.)

(Al levantarse el telón se oye un gran vocerío por la parte de dentro del teatro, que aumenta y disminuye, sucesivamente, como si el pueblo amotinado, ante el palacio, se agitase en distintas direcciones.)

FELIPE. ¿Porqué grita esa plebe amotinada?

RUY-GÓMEZ. Bien quisiera, señor, responder á V. M., pero...

FELIPE. Nada temas y habla con toda sinceridad.

RUY-GÓMEZ. Esa plebe murmura de espanto al saber la noticia de la nueva boda de su Rey con la Archiduquesa de Austria.

FELIPE. ¿Y qué puede importarle eso á la plebe?

RUY-GÓMEZ. El pueblo, señor, se acuerda de la difunta Reina Doña Isabel de Valois y...

FELIPE. ¿Y qué?

RUY-GÓMEZ. La Princesa de Francia vino á España para casarse con D. Carlos, y V. M. desbarató aquella unión, casándoos con la que debió ser vuestra nuera y nunca vuestra esposa... V. M. quiso, más tarde, arreglar el asunto dando á vuestro hijo la libertad de que le privásteis en día memorable y casándole con Doña Ana de Austria... El destino no quiso favorecer á V. M. en su laudable propósito. D. Carlos pasó al sepulcro cuando V. M. le disponía otra cámara nupcial; la Reina Isabel murió poco después, no dejando á la monarquía descendencia masculina, y V. M., señor, deseoso de asegurar vuestra gloriosa dinastía, no vaciláis en contraer cuartas nupcias... El propósito del Rey, como tal propósito, es desde luego indiscutible; pero el Rey no se ha dignado pensar bien en esta ocasión y se empeña en casarse con la otra prometida del Príncipe de Asturias.

FELIPE. ¡Mi voluntad es omnímoda!

RUY-GÓMEZ. V. M. me ha ordenado que hable con toda lealtad y cumplo el real mandato sin que...

FELIPE. Prosigue, Ruy-Gómez... A esa plebe escandalosa le disgusta mi nuevo casamiento y se atreve á agolparse á las mismas puertas de mi palacio... ¿No es así?

RUY-GÓMEZ. V. M. lo ha dicho. (*Haciendo una gran reverencia.*) El espectro de D Carlos aún no se ha borrado de la mente popular y cree que el Rey debía casarse con otra Princesa que no fuese Doña Ana de Austria.

FELIPE. Los Reyes hacen siempre lo que mejor les parece, porque si así no lo hiciesen, dejarían de ser Reyes para convertirse en tontos coronados. Dios rige al universo haciendo y deshaciendo á su capricho soberano, sin que para ello necesite consejos de la Corte celestial. Pues así como Dios revuelve los mundos y levanta en el espacio lucientes polvaredas de estrellas y constelaciones, nosotros, los Reyes, que somos los dioses de la tierra, no tenemos nunca porqué consultar más que con nuestras omnímodas voluntades... Ese pueblo amotinado no sabe lo que quiere, porque el pueblo ignora lo que pide... ¿Qué le importa mi nuevo casamiento?... Si mucho se obstina en gritar concluiré por soltar contra él una legión de soldados que con el hierro y por el fuego le convenza de que la plebe no tiene jamás opinión propia en tratándose de cosas de la realeza... Un instinto de piedad me detiene un momento ante ese loco vocerío.

RUY-GÓMEZ. V. M. no debe en esta ocasión soltar legiones contra seres indefensos... La piedad de los Reyes traza en la historia la más brillante de sus páginas y su prudencia exquisita hace que el cetro se crea una mágica varilla de flores que lleva al pueblo á nuevas tierras de promisión. Sed clemente, señor; ese pueblo lleva muchas horas gritando y no tardará en cansarse; ese pueblo come mal y bebe peor, y ya pasados los pocos bríos de su pobre digestión, comienza á retirarse, tal vez para volver mañana ó acaso para cambiar de opinión, cuando se convenza de que nada consiguió, ni nada conseguirá.

FELIPE. Tienes razón, Ruy-Gómez. (*Disminuye el vocerío.*)

RUY-GÓMEZ. Preste V. M. un momento de atención... Parece que la retirada se inicia como cuando bajan las olas, dejando las playas enjutas... ¿No lo percibís, señor?... Sea grato á los oídos del Rey ese silencio naciente como una tregua del huracán.

FELIPE. Tienes razón... (*Prestando atención.*) Esos villanos ya no alborotan tanto; pero, ¡quién sabe si callan para comenzar de nuevo!

RUY-GÓMEZ. No lo crea así V. M., y dispóngase á recibir á su alteza real D. Juan de Austria, que vuelve de Granada vencedor de Aben-Humeya.

FELIPE. (*Aparte.*) ¡Ah!... ¡Siempre la gloria con él!... Yo no sé por qué, cada triunfo de *ese* hombre se me clava en el corazón. (*Pausa. El vocerío va extinguiéndose lentamente. Felipe se vuelve de improviso hacia Ruy-Gómez, sonriendo malignamente.*) Muy bien, mi *querido* Ruy-Gómez! Eres un excelente consejero áulico... ¡Lástima que seas el marido de la Princesa de Eboli!

RUY-GÓMEZ. ¡Oh!... (*Aparte.*) ¡Quién te buscara el corazón con la misma punta de tu daga!

FELIPE. Decías ..

RUY-GÓMEZ. (*Con exquisita cortesía.*) Nada, señor... Mi gratitud hacia el Rey hace que mis labios murmuren conmovidos.

FELIPE. (*Con ironía.*) ¿Y... tú te *conmueves* muchas veces? (*Entran por el foro el Duque de Alba y el de Feria, el Cardenal Espinosa, Alejandro Farnesio, grandes y caballeros.*

ESCENA II

DICHOS, el DUQUE DE ALBA, el DUQUE DE FERIA, el CARDENAL ESPINOSA, ALEJANDRO FARNESIO, grandes y caballeros.

FELIPE. Bien venidos, señores... Nos creemos ahora que, como siempre, ilustraréis al Rey con vuestros valiosos consejos. (*Todos se inclinan. El Rey sube al estrado y se sienta. Ruy-Gómez permanece de pie detrás del regio sitial y los demás ocupan los sillones.*) Tenemos muy viva satisfacción en anunciaros que, destituído por sus prodigalidades en campaña el Marqués de Mondéjar, y vencido Aben-Humeya, que, como sabéis, trató de restaurar la Monarquía de Boabdil en el mismo lugar en que éste fué derrotado por los Reyes Católicos, hoy regresa de Granada mi hermano D. Juan de Austria, victorioso como en Lepanto, porque parece que la gloria se ha delarado su esclava... ¿Qué noticias tenéis de Aragón y de Lanuza?

FERIA. (*Levantándose.*) Todo ha concluído allí. El Justicia que contra el Monarca osara levantarse en armas ha pagado su atrevimiento con su cabeza en el cadalso, cuyas gradas ha subido también el Duque de Villahermosa.

FELIPE. ¿Y Pérez? ¿No ha sido también decapitado?... ¿Aún existe ese miserable?

FERIA. Ha logrado evadirse.

FELIPE. ¡Evadirse!... ¡Muy poco fieles han sido sus guardadores!... ¡Oh! ¡Yo les juro que pronto harán compañía á Lanuza y á Villahermosa! (*Volviéndose con*

suprema perfidia hacia Ruy-Gómez.) ¿No te *parece así, querido* Príncipe de Eboli? (*Ruy-Gómez baja la cabeza y los demás sonríen disimuladamente.*) Duque de Alba... (*el aludido se levanta*), vuestra presencia en los Países Bajos se hace por instantes necesaria... Tomad. (*Alargándole un pliego que el Duque recoge ceremoniosamente.*) He ahí nuestras soberanas instrucciones; y si los flamencos persisten en su porfía, haced que Flandes toda desaparezca sumergida en la sangre de sus hijos... Nivelad, si es preciso, el mar con ella. (*El Duque se sienta.*)

CARDENAL. (*Levantándose*) Señor... La piedad puede muchas veces más que toda humana fiereza.

FELIPE. No habléis de piedad, Cardenal, que ya estoy cansado de *ser piadoso*... Y vos, Príncipe de Parma (*á Farnesio*), ¿nada tenéis que decirnos?

ALEJANDRO. (*Levantándose á tiempo que el Cardenal se sienta.*) V. M. puede tener la seguridad de que cuantos asuntos se ha dignado conferirme marchan perfectamente de acuerdo con los deseos del Soberano.

FELIPE. Que nos place... (*Oyense grandes aclamaciones y músicas triunfales*) Señores... (*Levantándose. Todos hacen lo mismo.*) D Juan de Austria se acerca y es muy justo que á esos vítores unamos los nuestros.

ALBA. ¡Viva D Juan de Austria!

TODOS. ¡Vivaa!...

ALBA. ¡Viva el Rey!

TODOS. ¡Vivaa!...

FELIPE. (*Mirando al Duque de Alba y aparte.*) Por ahí debió comenzar el de Alba...

UN CABALL. (*A un grande.*) ¿No habéis observado cómo mira el Rey al Duque de Alba?

GRANDE. Ciertamente... ¡Si el Duque se apercibiese de ello no estaría tan tranquilo, porque las miradas de Felipe II son enigmas pavorosos!

(*Entra por el foro D. Juan de Austria, vistiendo espléndida armadura con yelmo, manto y guanteletes, seguido de una brillante comitiva, que el autor deja á la ilustración histórico-artística del director de escena*).

ESCENA IV

DICHOS, D. JUAN DE AUSTRIA y acompañamiento.

D. JUAN. (*Todo gozoso, dirigiéndose al Rey.*) ¡Oh, señor y hermano querido! (*Va á abrazarle.*)

FELIPE. (*Presentándole la mano para que se la bese.*) Dios os guarde, Príncipe D. Juan.

D. JUAN. (*Besándole la mano y retirándose con cierta frialdad*

que es observada por los concurrentes.) El proteja siempre á V. M. (*Inclinándose ante los cortesanos.*) Señores. (*Estos le devuelven el saludo ceremoniosamente.*) ¡Oh!... (*Ap.*) ¡Mi hermano me odia!... ¡No cabe duda!... ¡Es la víbora la que encuentro en el lugar que debía ocupar la paloma!... (*Se quita el yelmo, el manto, la espada y los guanteletes que recogerá un escudero en un almohadón.*)

FELIPE. Decidnos algo, D. Juan, de vuestras épicas jornadas... Estáis como entristecido y parece que algún cuervo siniestro bate sus alas de sombras sobre vuestra frente coronada de laurel. (*Ironía suprema.*) ¿Sentís la amargura de la gloria?... Yo os lo pregunto don Juan, porque dicen que en sus horas más felices tiene el alma penas inominadas.

D. JUAN. ¿Triste?... No, y ahora mismo voy á complacer á V. M., con una breve reseña de mis acciones. (*Movimiento general de espectación D. Juan hace una reverencia á todos y dice:*) De regia estirpe agarena, Fernando Valor, llamado Aben-Humeya y nacido en la patria de Boabdil, alzó contra el Rey de España bandera de rebelión...

Por los montes granadinos, de eternas nieves coronados, vagaron presto legiones de hombres que parecían más fantasmas que soldados á juzgar por sus vestiduras flotantes al viento de la noche, porque sólo cuando ésta era llegada se les veía moverse aquí y allá al fulgido rayo de la luna soberana. Huyeron de los valles, antes alegres, las canciones y las flores de la paz y del amor y, roncos, los ecos bramaron repitiendo los estruendos de la turba sanguinaria... Dios, que no consiente y el Rey que no tolera que se atente á su fé y á su poderío, ordenaron que para vencer á la horda impía, fuese yo allá á blandir mis armas junto á los muros de la Alhambra, que allí semeja inmenso perfumero consagrado para siempre al culto inmortal de perdurable belleza estética.

Pronto vimos del rebelde flotar el trágico pendón, y pronto los que dudan y los que creen rodaron confundidos en olas de sangre efervescente, en rugidos de coraje, y al golpear incesante del hierro contra el hierro; de la maza contra el yelmo; del montante contra el duro peto y del hacha, tajando la carne que encontraba. Como ese, fueron muchos nuestros encuentros, en los cuales, abatidos, caían los moriscos y se iban cantando á Dios los españoles. Valiente como dice la leyenda que fueron valientes los varones de su estirpe, sólo Aben-Humeya fué tardío en rendirse y cuando así lo hizo deponiendo á mis plantas sus armas damasquinas, yo, más que á un moro del Corán, creía ver en él á un ser extraordinario fa-

talmente humillado por la providencia, adversa á su destino... Pálida su faz, negros sus ojos de intenso mirar; arrogante la figura juvenil, luciente su coraza de recio temple, brillante el yelmo de su cabeza de profeta, entre lo blanco de su turbante y lo blanco de su albornoz, parecía que tras una nube ocultaba su continente. (*Pausa breve*). Aben-Humeya rindió al rey soberano homenaje de rendida pleitesía... Yo me consideraba muy feliz al mirarlo arrodillado, como fué muy grande mi pena cuando supe que, días después, había sido asesinado...

FELIPE. (*Con furioso ímpetu.*) ¡Asesinado!... ¡Asesinado tan excelente caballero!... ¡Ah, D. Juan! ¿Qué me decís?

D. JUAN. Mis soldados, señor...

FELIPE. (*Colérico*) Si fueron vuestros soldados ¿porqué no me traéis aquí sus cabezas de bandidos? (*Bajando del estrado, con gran sorpresa de todos.*) ¡Príncipe de Austria!... (*Encarándose con D. Juan.*) ¿Tenéis conciencia de unir á los de Lepanto los que vos llamáis vuestros *laureles* de Granada?

D. JUAN. Creed, señor, que no tuve culpa ninguna... que Aben-Humeya hubiese venido conmigo á postrarse ante vuestro excelso trono si no hubiese tenido la imprudencia de ser muy confiado.

FELIPE. (*Exaltándose cada vez más.*) ¡Confiaba en la hidalguía castellana que no asesina jamás ni al débil ni al vencido!

D. JUAN. Vea V. M., señor, que me ofendéis, y que al hacerlo así, lo hacéis en público.

FELIPE. (*En el colmo de la exaltación.*) ¡Fuera el mundo entero el que aquí escuchase mis palabras! .. ¡Qué iniquidad!... ¡Matar cobardemente!...

D JUAN. (*Con arrogancia suprema*) ¡Felipe II!... ¡Rey de España y hermano mío aunque no lo parezcáis!... ¡Ved que soy tanto como vos, ved que soy tan hijo de César como la majestad que me ofende ahora!

FELIPE. ¡Por César y por su memoria augusta no estáis ya donde el Príncipe de Asturias estuvo!... ¡Retiraos, retiraos de mi presencia, bastardo ensoberbecido y creed en mi piedad sin límites cuando con tan poco me contento!

D. JUAN. ¡Vuestra piedad, si alguna vez la ejercéis, debe ejercerse ahora sellando con prudencia el labio que tanto injuria!

FELIPE. He dicho que os vayáis y las órdenes del Rey no se repiten nunca. (*Varios personajes rodean á D. Juan que, con altivo porte se retira lentamente por el foro sin dejar de mirar al Rey, que le vuelve la espalda, Cuando se ha ído, Felipe se apoya, anhelante, en el brazo de Ruy Gómez, diciendo:*) Vamos, vamos, *amigo* mío... Después de lo que ha sucedido aquí mi con-

ciencia me obliga á buscar un confesor y un momento de reposo en San Lorenzo del Escorial.
(*Vánse ambos lentamente, por la izquierda. Todos se inclinan á su paso.*)

TELON

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Antecámara del Rey en el Monasterio del Escorial.—Noche.—Varias lámparas y candelabros alumbran la estancia.

ESCENA PRIMERA

El DUQUE DE FERIA, el PRIOR DE SAN LORENZO, RUY-GÓMEZ, el CARDENAL ESPINOSA, Grandes y Caballeros, que acuden á enterarse de la salud del Rey.

FERIA. (*Con un pliego en la mano y contestando á las preguntas que parece le hacen los cortesanos*). La salud de S. M. (*Todos se descubren*) es, desgraciadamente, muy mala, y el doctor de cámara nos anuncia á sus fieles vasallos un próximo y doloroso desenlace... S. M. que, no obstante su abatimiento, aún conserva rasgos de la poderosa energía de los Gantes y los Castillas, dispone en este pliego que acaba de entregarme el reverendo padre prior de San Lorenzo del Escorial, que sea abierta la tumba (1) del Emperador Carlos V su padre... (*Movimiento general de asombro*), y que se conduzca al pie de su lecho de muerte el féretro con el cuerpo del glorioso César, para que sus ojos contemplen por última vez la augusta figura, antes de cerrarse para siempre al sueño de la eternidad.

CARDENAL. Fuera ese un sacrilegio si no fuese el mismo Rey quien lo ordenase.

PRIOR. Yo mismo, al frente de varios monjes, bajaré al panteón de los Reyes para cumplir la voluntad del monarca.

FERIA. Yo también os acompañaré con algunos grandes y magnates, que llevarán cirios encendidos en la fúnebre ceremonia. (*Los aludidos asienten.*)

CARDENAL. Yo iré al templo á pedir á Dios, ya que no la salud del Rey, por lo menos que tenga la agonía de los justos.

PRIOR. Vamos, pues, á cumplir el regio mandato. (*Vánse todos, lentamente.*)

---

(1) Histórico.—Véase «Historia del Real Monasterio del Escorial», por D. Antonio Rotondo.

MUTACIÓN

(Cámara regia.—Al foro, el lecho, en la disposición que lo representa el grabado del cuadro titulado «Muerte de Felipe II», inserto en la obra de D. Antonio Rotondo, llamada «Historia del Real Monasterio del Escorial». — Á la izquierda, la puerta de entrada con cortinas: á la derecha un balcón con cierre de cristales, tras de los que se ve la luz de la luna. — Cerca de este balcón, una mesa con tapete y sitial de talla, á su lado, sobre la mesa habrá una lámpara de mano, encendida, y multitud de pomos y tarretes de medicinas.)

ESCENA II

FELIPE II, enfermo y abatido, sentado en el sitial y teniendo en la mano derecha un papel que se afana por leer.

La luz de mis ojos se apaga poco á poco y apenas puedo leer lo que aquí me escribe Teresa de Jesús, la virtuosa monja carmelita de Avila, que no hace mucho tiempo vino á San Lorenzo á orar conmigo en su templo... (*Esforzándose por leer.*) «Rey y señor...» (*Representando.*) ¡Oh, que palabras tan vanas al borde del ataúd! (*Volviendo á leer.*) Dios será servido de prolongar la vida de V. M. para constante bien de la fe católica; Dios habrá escuchado mis oraciones, porque yo le he pedido vuestra salvación con toda mi alma, y al pie de los altares me he postrado penitente, rezando cuanto labio humano tiene que rezar para que el Señor aparte de V. M. todo temor y peligro... (*Representando.*) ¡Pues Dios no te ha escuchado, venerable mujer!..., ¡no te ha escuchado, no, porque cada instante que pasa, estoy más dentro de la tumba!... ¡Mi hora ha llegado, y aunque creo que Dios es la suma clemencia, tiene que ser muy clementísimo para perdonarme por quien soy y por quien fuí! (*Pausa.*) Teresa de Jesús me dice que aún debo vivir para bien de nuestra santa fe... ¡Oh!... ¡Cuántos crímenes, y hasta cuantas infamias me he visto precisado á cometer y á tolerar para defender esa fe ciega como una esfinge de bronce!... (*Baja la cabeza.*) Apenas parece que alumbra de esta lámpara el fulgor mortecino, y á su triste flamear que agita en ondas las penumbras, se me figura verme á mí mismo desde que nací hasta ahora, y por terrible alucinación de abatido moribundo, parece que toda la sangre de mis víctimas estoy obligado á beberla gota á gota, y es inmensa la cantidad del rojo mar, donde poco á poco empiezo á sumergirme como si fuese precipitado á las hirvientes ondas de un lago del infierno. (*Cúbrese el rostro con las manos, sollozando.*) Dios no es piadoso conmigo y

hace que á la tumba vayan cayendo pestilentes los podridos pedazos de mi cuerpo, como queriendo en su justicia terrible, que quede en el mundo mi osamenta con el alma entre su esqueleto. (*Queda profundamente abatido.*)

ESCENA III

FELIPE II y Doña ANA DE AUSTRIA

FELIPE. (*Sin reparar en ella.*) ¡Luz maldita, que entonces brillaría perpetuando mi condenación!... ¡Mi condenación, sí!..., ¡que es segura como la agonía que me mata! (*Poniéndose en pie, vacilante.*)

DOÑA ANA. ¡Felipe!... (*Deteniéndole.*) Deliráis... No os hace bien más que el reposo.

FELIPE. (*Mirándola como alucinado.*) ¡Isabel de Valois!... ¡También tú bajas del cielo de los ángeles para gozarte en mi tormento infinito!... ¡Ah!... Los ángeles no saben odiar, pero como yo te hice sufrir tanto, tú serás el único querube envenenado que exista en el paraíso!... ¡En ese paraíso que no se ha hecho para mí!

DOÑA ANA. Tranquilizáos, esposo mío... Soy vuestra esposa.

FELIPE. ¡Ana de Austria!... ¡También llené de ponzoña tu corazón, y también tú vienes á verme morir!... ¿Cómo es posible que yo pueda pensar en mi eterna salvación?

DOÑA ANA. No lo creáis así... Si algo me habéis hecho, yo os perdono con toda mi alma.

FELIPE. ¡Ah!... ¡Es que yo no puedo perdonarme á mí mismo!

DOÑA ANA. Reportáos y tened fe en la misericordia infinita de Dios soberano, que sólo goza perdonando y bendiciendo.

FELIPE. ¡Esa misericordia, señora, no existe para mí!

DOÑA ANA. ¿Por qué no os acostáis?... La noche es fría y estaríais en el lecho mucho mejor que aquí.

FELIPE. ¡Oh!... ¡El lecho!... ¡Cada vez que en sus blanduras me hundo, parece que de entre los pliegues de sus cortinas y de sus ropas, surgen espectros implacables, de los cuales los más horribles son D. Carlos, mi hijo, y D. Juan de Austria, mi hermano, que no deja de enseñarme la copa vacía del veneno que yo consentí que bebiese en su destierro, celoso yo de su gloria y envidioso de todo su ser!

DOÑA ANA. Vuestra mente se extravía... ¡Oh!... ¡Qué estáis diciendo! (*Llamando por la puerta.*) ¡Felipe!... ¡Felipe, hijo mío!

FELIPE. A la hora de la muerte las verdades se complacen en ser más verdaderas que nunca.

ESCENA IV

DICHOS y el PRÍNCIPE D. FELIPE (1).

PRÍNCIPE. (*Entrando.*) ¿Habéis llamado, madre mía?

DOÑA ANA. Sí.. Tu padre está muy mal... Sus palabras son siniestras como las más horrendas revelaciones... Es necesario que llamemos para conducirlo al lecho... Su agitación es inmensa y apenas puede sostener su cuerpo vacilante.

PRÍNCIPE. (*Arrodillándose delante del Rey.*) ¡Padre mío!

FELIPE. ¡Felipe!... ¡Tú serás pronto Rey, y cuando así suceda, te aconsejo que no seas un Rey como yo!

PRÍNCIPE. ¡Oh, señor! ..

FELIPE. ¡Los Reyes como yo, mueren peor que las fieras más odiadas!... ¡Oh, hijo mío!... Pronto comprenderás cómo ciñe una corona y cómo pesa un cetro, por vigorosa que sea la mano que lo sostenga...

PRÍNCIPE. (*Levantándose.*) No penséis más que en vos, señor.

FELIPE. ¡De tanto pensar en mí, he concluído por no creer en nadie!

PRÍNCIPE. Venid... Los doctores han dicho...

FELIPE. ¡Valientes farsantes, que no hacen inmortales á los Reyes!

PRÍNCIPE. Yo os lo ruego... (*Levantándole cariñosamente.*) Tal vez el sueño calme vuestra inquietud

FELIPE. ¡El sueño que yo duerma ahora será aquél que no tiene despertar! (*Poniéndose en pie, con pretendida arrogancia.*) Te complazco, hijo mío, hijo y *casi* Rey mío..., ¡ah!... (*Dando algunos pasos*) ¡Dejadme á solas!... ¡Ni un punto de apoyo en nadie! .. ¡Quiero ver como andan los grandes cuando empiezan á ser pequeños! (*Dirígese hacia el lecho seguido de cerca por Doña Ana y por el Príncipe. — Esta marcha del sitial á la cama, queda encomendada al talento y á la inspiración del actor*) ¡No lo hacemos tan mal!... (*Metiéndose en el lecho*) ¡Por Cristo vivo!... ¡Si así marchasen las Majestades no *andaría* el mundo tan mal! (*El Príncipe y la Reina se acercan á él, echando las cortinas.*)

MUTACION

Claustro del Monasterio de San Lorenzo, visto á lo largo y á todo foro.

---

(1) Entonces, Príncipe de Asturias.—Felipe III después.

ESCENA V (*Muda.*)

(Va por el Claustro con dirección hacia arriba un suntuoso cortejo fúnebre, compuesto por los personajes de la escena primera de este acto, por varios monjes que llevan á hombros el ataúd de Carlos V y por otros á cuyo frente marcha el Prior entonando con todos á coro el *De profundis*. Los concurrentes llevan cirios encendidos, menos el Duque de Feria, que lleva en la diestra un cirio verde, grueso y corto, apagado. La comitiva desfila solemnemente al doblar de las lejanas campanas y al són de los cantos funerales. — Préstese á esta escena cuanto pueda caber en la *mise en escene* de un teatro de primer orden.)

MUTACION

ESCENA VI

(Al verificarse esta mutación, aparece de nuevo la cámara del Rey, con Felipe II en el lecho y el féretro de Carlos V á sus pies, descubierto, sobre un tapiz, viéndose el cuerpo del Emperador y con el cirio verde encendido á la cabecera del cadáver. — Tras de las cortinas de la puerta de entrada observan, de cuando en cuando, el Príncipe, la Reina y varios personajes, como no atreviéndose á interrumpir la grandiosa situación.)

FELIPE II y el cadáver de CARLOS V

(El Rey dice este monólogo desde el lecho donde se incorpora y del cual llega á levantarse, arrastras, para besar al muerto, y al que vuelve lo mismo. — Esta situación singularmente trágica, que el autor confía al actor, sobre todo, los momentos del beso y de la muerte.)

FELIPE. (*Incorporándose y mirando fijamente al cadáver*) ¡Tú, momia!... ¡Tú, padre mío, que fuiste del universo, gloria y espanto á un tiempo!... (*Pausa*) ¡Momia! ¡Resistencia del polvo á la dispersión! ¡Ah!... Yo no podré ser ni estar como tú, porque mi cuerpo antes de deshacerse está podrido, sufriendo de antemano algo de lo eterno que le espera... ¡Sí!... ¡Oh, gran César, cuya hermosura fué adorada por la hermosura y cuyo valor fué temido por el valor... Sólo la risa del precito acude, cuando te miro, á mis labios temblorosos... ¡Quién dijera que tu cuerpo, de gallardías modelo, es hoy no más que saco denegrido, en que tienen los huesos su perdurable prisión!... ¡No!... ¡No quisiera que mis ojos buscasen á porfía tu faz espantable, porque parece que tu boca, desdentada y contraída, va á decirme una frase de ultratumba, que aún no me atrevo á escuchar!... Ante una momia desaparece la leyenda del polvo sepulcral como una ráfaga veloz, porque de aquí huyó la pavesa, se consumó hasta lo inorgánico y comienza

con lo que no se pudre, la existencia pavorosa de *una persona* del ataúd... (*Ya casi fuera del lecho, trágico y delirante. — Transparéntanse á intervalos entre los cortinas de aquél las sombras de D. Carlos y de D. Juan de Austria, abrazados y envueltos en tenue ráfaga de luz*) ¡Mira tú porqué, oh, padre y señor, yo al morir, no quiero ser momia como tú, aun deseando no desaparecer del todo!... (*El Rey ve los espectros, que vienen á ser como complemento de esta escena*) ¡No!... ¡Si morir es nacer á la dicha y á la luz nada nuestro debe perdurar en el hueco de la tumba!... Tú moviste al mundo en poderosa falanje de pompa y esplendor, y ahora, ¡pobre de tí! .., no se mueve el más pequeño de tus átomos... ¡Oh Dios grande y soberano!..., ¡con qué inexorable justicia tiendes á mis pies y en la hora de mi muerte, á quien tendió á sus plantas toda espléndida grandeza y todo humano poderío!... Valiera más que yo no hubiera hecho conservar esta reliquia venerada, que creí superior á toda ley de lo creado, y que pensé exponer al asombro de lo futuro .. Y, no obstante, momia, ¡quién fuese como tú, para no perder más que el alma en todo caso!... ¡el alma!. ., ¡que no sabemos lo que es hasta que empezamos á saber que no somos! . (*Pausa profunda.*) ¡Duerme!..., ¡duerme, gran Carlos V.!... Si tú te levantases ahora, no te conocerías á tí mismo. (*Llegando hasta el cadáver, sobre el cual se inclina, abrazándole febril*) ¡Duerme y reposa! Y yo, al sentir de la vida el postrer latido, quiero dejar en los tuyos el último beso de mis labios balbucientes .. (*Le besa.— Momento indescriptible.—Felipe II se levanta tambaleante, retrocediendo hacia el lecho — En este momento se fija en las sombras de D. Carlos y D. Juan.*) ¡Vosotros!... ¡Sabía que no faltaríais!. ., ¡piedad!..., ¡un solo instante de piedad ahora! (*Cae pesadamente en el lecho, exhalando un gemido — Las sombras desaparecen. — Al grito del Rey entran Doña Ana, el Príncipe D. Felipe y varios monjes y caballeros, entre los cuales viene el Duque de Feria. — La Reina y el Príncipe se acercan al lecho, y los monjes cubren el féretro con su tapa, que estará á un lado de la habitación, y se lo llevan rápidamente con el cirio y el tapiz.*)

ESCENA ÚLTIMA

FELIPE II, Doña ANA DE AUSTRIA, el PRÍNCIPE D. FELIPE, el DUQUE DE FERIA y los Caballeros.

DOÑA ANA. ¡Oh, Dios mío!... ¡Felipe!... ¡Felipe!

PRÍNCIPE. (*Separando á su madre del lecho.*) ¡Todo ha concluído!

FERIA. Señores... ¡El Rey ha muerto! (*Todos se arrodillan.*) ¡Viva el Rey Felipe III!

TODOS. (*Levantándose.*) ¡Vivaa...!

TELON

FIN DEL DRAMA

DISCURSOS

Shakespeare, Lord Byron y Chateaubriand, como modelos de la juventud literaria, pronunciado en el Ateneo de Madrid.

Revolución Artístico-Literaria y Postergación de la iuventud, pronunciado en El Fomento de las Artes.

El Conde D'Ayot y la Hidrografía francesa en las regiones del extremo Oriente á principios del siglo XIX.—En el Centro del Ejército y la Armada, Madrid.

Campañas del General Lorenzo.—Idem íd.

Excursiones militares del coronel D. Manuel Lorenzo al país de los Igorrotes.—Idem íd.

Artes y Letras en Filipinas.—En el Círculo de la Unión Mercantil é Industrial, de Madrid, de donde tiene el autor el título de Socio Honorario.

Las Aristocracias ante el Progreso en las edades antigua y media.—Estudio crítico-histórico leído en El Fomento de las Artes.

El Doctor Torres-Villarroel.—Idem en el Ateneo.

La Iberiada

Poema épico en prosa, actualmente en publicación; dedicado á cantar las glorias y vicisitudes del pueblo ibero.

Este poema, verdaderamente grandioso y que obtiene universal aceptación y elogio de la crítica y de la prensa en general, se publica por cuadernos, conteniendo cada uno de ellos un poema sobre determinada región, siendo entre sí completamente aislados dichos cuadernos, con objeto de facilitar al público su adquisición por si no le conviene la compra de la obra en total.—Cada cuaderno vale **cincuenta céntimos** y van publicados, reproducidos y comentados en todo el mundo, los cantos I, II, III, IV y V, cuyos títulos son, respectivamente:

TOLEDO—CATALUÑA—ARAGÓN—CÓRDOBA—SEVILLA

LA REFORMA LITERARIA

BIBLIOTECA ESPAÑOLA

Tiene en preparación varios y brillantes trabajos de diferentes autores, así como las siguientes producciones de D. M. Lorenzo D'Ayot, que alternarán con aquéllos.

Lord Támer, drama contemporáneo, en cinco actos y en prosa.

Estudios contemporáneos.—I. *Una ley necesaria.*

La Vestal, drama moderno, en cinco actos.

Luzbelina, ídem íd.

Fernando VII, drama histórico, de las proporciones del presente.

Alma-Negra, leyenda trágica, en cuatro actos.

Los buscadores de garbanzos, drama en cinco actos, original y en prosa.

Las grandes almas, ídem íd.

Oscarina, poema trágico.

Los albigenses.

Sardanápalo, refundición de la célebre tragedia de Lord Byron del mismo título.

Trastamara, drama histórico, en cinco actos y en prosa.

Los pedidos de ejemplares del presente drama, deben ser hechos directamente al autor, en Madrid, calle de Luchana, núm. 37, pral., previo envío de su importe por adelantado.—Los quebrantos del giro serán de cuenta de los compradores. También se hallarán ejemplares en la librería de Murillo, Alcalá, 7.

LOS BUSCADORES DE GARBANZOS

Novela interesantísima, de la que el mismo autor ha hecho un drama, como queda anunciado.